



una tumba en la calleja

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

UNA TUMBA EN LA CALLEJA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 647
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.864 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1974

© Burton Hare - 1974

texto

© Destilo - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Jimmy Byrd llevaba muchos años como botones en el Hilton, de Nueva York. Puede decirse que la suya era una larga y brillante carrera, en la que había habido situaciones de todos los calibres.

Y encargos de todas clases, naturalmente, alguno; de los cuales habían puesto a prueba la capacidad de imaginación del espabilado botones.

Pero el de la señora Counselman se llevaba la palma.

A Jimmy casi le había faltado la respiración, cuando la oyó:

—Necesito un revólver, pequeño y seguro. Te pagaré lo que me pidas.

Eso le había dicho.

La cosa había dado mucho qué pensar al joven botones. Incluso le había preocupado, entre otras razones porque ignoraba lo que la señora Counselman, recién llegada de Inglaterra, pensaba hacer con el arma. Además, los Counselman ocupaban una de las mejores *suites* completas del hotel, lo cual indicaba que eran «gente importante».

Ahora, mientras subía por el elevador de servicio con el pequeño envoltorio en la mano, su única preocupación era decidir cuánto iba a cobrarle a la señora.

El revólver le había costado setenta dólares. No puede decirse que fuera ningún instrumento de precisión ni que su pavonado estuviera en perfecto estado de revista, pero funcionaba, y a Jimmy Byrd le parecía que eso era lo único que debía pedirle a un arma.

Pensó que ciento cincuenta dólares sería un buen precio. Un poco más del cien por cien de beneficio era lo menos que podía pedirse en una operación tan arriesgada.

El elevador se detuvo en la tercera planta, y el camarero del piso, que subía con él, descendió, sin acordarse de saludarle. Aún había clases.

Jimmy ni advirtió tamaña falta de descortesía, sumido en sus preocupaciones.

Al pasar la cuarta planta, su desarrollado espíritu comercial le hizo comprender que los hombres que llegan alto en su carrera profesional, se debe, con seguridad, a que tienen el don de saber aprovechar en cada caso las ocasiones que surgen en su camino, así que el precio quedó fijado en doscientos dólares redondos.

Los Counselman ocupaban una de las grandes *suites* de la decimosegunda planta. La señora le había dicho que le aguardaría en el pasillo, y allí estaba, cuando salió del elevador, al final del recodo.

Era una mujer de las que habrían hecho las delicias de Jimmy, si alguna vez hubiera podido abandonar el uniforme y elevarse hasta la posición en que se movían esa clase de damas.

Alta, de estrecha cintura y caderas rotundas, tenía un busto erguido y tan provocativo como un guiño. No obstante, sabía vestir de modo que las curvas espléndidas de su cuerpo cobraran elegancia y distinción, en lugar de simple exhibición sensual.

La vio avanzar hacia él apresuradamente. Su bello rostro estaba muy serio.

—Tardaste mucho... —le reprochó.

—Señora, no se puede ir a la tienda de la esquina, y pedir un revólver, como quien pide una botella de «*Bourbon*».

—No, claro...

Le tendió el paquete. Ella lo tomó y lo hizo desaparecer dentro del bolso.

—Es muy pesado —dijo con voz ronca.

—No pude encontrar otro más pequeño.

—¿Está cargado?

—Sí, señora. Seis balas.

—Está bien. ¿Cuánto...?

—Doscientos cincuenta dólares, señora. Y apenas gano nada.

Ella revolvió nerviosamente dentro del bolso, sacó unos billetes y se los metió en la mano, hechos una bola. Luego, sin esperar que le diera las gracias, dio media vuelta y se alejó.

Jimmy alisó los billetes. Se quedó boquiabierto al contar trescientos dólares.

Cuando asomó la cabeza por el recodo, aún pudo ver a su

espléndida cliente desaparecer dentro de su *suite*.

El convencimiento de que él había nacido para genio de los negocios subió de punto en la conciencia de Jimmy Byrd. Pero mientras regresaba a su puesto, comenzó a preocuparse por el uso que la distinguida cliente del hotel pensaba hacer de la mortífera arma...

Tal vez tuviera la idea de pegarle un tiro a su marido. Eso podría meterle a él en un buen lío.

Claro que doscientos treinta dólares no se ganan así como así.

Jimmy dejó de preocuparse muy pronto.

Cuando el crepúsculo oscureció los profundos cañones de acero y cristal de la ciudad, la señora Counselman abandonó el hotel, cominando apresuradamente. Los escaparates llameaban de luces, y las aceras estaban materialmente repletas de gentes apresuradas, de voces, de codazos y empujones.

Se alejó, doblando la primera esquina a la izquierda. Después de otro trecho entre las apreturas de la calle, descendió a una estación del «Metro». Hizo un largo recorrido y, cuando volvió a la superficie, la decoración había cambiado por completo.

No había ninguna brillantez en la calle donde emergió. Los escaparates estaban iluminados, pero se diría que con luces pálidas y tristes.

También había gente en las aceras, pero sus voces eran más chillonas, y en el aire flotaban picantes olores de las freidurías, que desparramaban el humo de sus aceites al exterior.

La señora Counselman se adentró en las calles hasta un lugar en el que se detuvo. Había un enorme anuncio de cierto *whisky* en una fachada. Lo miró, porque era su punto de referencia.

Bajo el anuncio se abría un callejón estrecho y oscuro, en el que se alineaban baterías de cubos de basuras. Era un lugar sombrío y silencioso, al que sólo llegaban las voces de los aparatos de televisión de las viviendas, cuyas ventanas se abrían arriba, en la oscuridad.

Ella se internó, acariciando el bolso, muy pesado a causa del revólver. Mientras caminaba, tanteó el cierre para asegurarse de que podría abrirlo, en caso de necesidad.

No podía distinguir los números de las casas, si es que los había, pero contó los portales y, cuando se detuvo frente a un portalón

profundo, calculó que aquél era el sitio que buscaba.

De aquella negrura surgió un susurro.

—Aquí... no te detengas en la calle.

Ella titubeó. Luego, se adentró en las sombras.

El susurro la guió:

—No tengas miedo, sólo quiero hablarte.

Ella se detuvo. Temblaba.

Sus dedos nerviosos abrieron el bolso. El cierre produjo un chasquido.

Unas manos surgieron de la negrura, y se ciñeron en torno a su cuello. Fue un apretón feroz, una presión salvaje, que ahogó su intento de gritar.

Torpemente, trató de asir el revólver, a pesar de que su enemigo estaba a sus espaldas, pero los pulgares de las manos se hincaban profundamente en las vértebras de la nuca, y las fuerzas apenas le obedecían...

El bolso escapó entre sus manos, y golpeó fuertemente el suelo. Entonces se debatió, ahogándose, mientras las manos de la muerte no cejaban en su presión, y una voz susurraba palabras increíbles en sus oídos... una voz que no parecía alterada en absoluto.

Después, la hermosa y distinguida señora Counselman se desplomó sin vida, y el susurro cesó.

Sólo que cuando quedó tendida en el maloliente suelo, ya no era ni elegante ni distinguida.

Una sombra se movió hacia la calle y atisbo.

Sus pies apenas producían un ligero roce.

La sombra informe retrocedió para buscar el bolso caído. Sus manos tantearon el cuerpo muerto y, durante unos instantes, el asesino se detuvo. El cuerpo aún estaba caliente, diríase que palpitante. La carne dura y firme le reveló, en sus formas, toda la femineidad que había alentado en ese cuerpo que ahora ya no era nada.

Al fin, encontró el bolso y lo registró apresuradamente. Rozó el revólver, pero no lo sacó. Sin embargo, se apoderó de todo lo demás que pudo hallar.

Después, el cadáver quedó solo, en esa soledad inmensa, aterradora, de la muerte.

CAPÍTULO II

El teniente Carlton se apeó del coche, a la entrada callejón.

Había una multitud allí, contenida por algunos policías de uniforme. El teniente se abrió paso, y uno de los policías le saludó.

—Es ahí dentro, señor —dijo—. Hacia la mitad de la calleja.

—Gracias.

Habían instalado unos focos que barrían las sombras en un círculo amplio y en el que se destacaba la suciedad, los cubos de basura y algunos gatos, sorprendidos y disgustados por aquella invasión de sus dominios.

Los policías del Precinto estaban ya allí, y el forense y unos enfermeros aburridos que esperaban, fumando a cierta distancia.

Jeff se detuvo en el portalón.

—Parece que llego tarde —gruñó.

—Hola, Carlton. Soy Kellman, del Precinto local. No sé si se acuerda de mí.

—Seguro. Sargento, ¿no?

—Todavía no me han ascendido —rió el aludido.

—¿Quién es la víctima?

—No lo sabemos todavía. Una mujer. Soberbia, si mi opinión vale en este caso.

—¿Cómo ha muerto?

—Estrangulada. Lo curioso es que le han vaciado el bolso, pero han dejado en él un revólver. Es un

«Smith & Wesson»

calibre 38, cargado, viejo y con el número borrado.

—Supongo que no se tratará de un crimen sexual...

—En absoluto. Por lo menos, no hay la menor traza de ello.

El teniente Carlton suspiró.

—Está bien, no tardarán en llegar los fotógrafos y todos los demás.

Se acercó al médico, y éste sonrió.

—¿Quiere verla, teniente? —preguntó.

—¿Usted qué cree?

Habían cubierto el cadáver con una sábana. El médico la apartó y dijo:

—Me hubiera gustado encontrarla viva... y en otro lugar, Carlton. Era un bombón, ¿no le parece?

La mirada fría del policía recorrió el cuerpo en todos sus detalles. Se fijó en las ropas, las medias, los zapatos y el cabello, que, a pesar de estar revuelto, delataba el paso de las manos de un gran peluquero.

—Fíjese qué piernas, y esos tobillos delicados y finos. No he encontrado en mi vida una mujer como ésta —ponderó el médico.

—Es usted un tipo con mente sucia, *doc*.

—Tonterías. Esa dama era alguien.

Carlton se encogió de hombros.

Se oyó una sirena y, poco después, llegaban los peritos de la Brigada de Homicidios, que iniciaron su trabajo, apenas hubieron cambiado unas palabras con el teniente.

Éste salió al portalón, junto al sargento Kellman.

—¿Quién la encontró?

Kellman se rascó detrás de la oreja.

—Un vecino de la casa.

—Sin embargo, ésta no es la entrada de vecinos.

—No, la entrada está en la otra calle. Ésta es la fachada trasera, y este portalón corresponde a un taller de juguetes de artesanía. Pero hay una escalera de servicio, por la que los vecinos sacan la basura.

—Ya veo.

—El tipo se llama Considine, y es músico de una orquesta, o algo así. Tropezó con el cadáver, y se fue de narices al suelo. Parece ser que encendió una cerilla para ver con lo que había tropezado, y salió de estampida dando gritos histéricos.

—Ya veo —repitió Carlton, distraído.

Encendió un cigarrillo. Tras una pausa, Kellman dijo:

—Supongo que se ocuparán ustedes de todo, ¿eh, teniente?

—Claro.

—Me alegro. Esa mujer tiene el aspecto de una dama de la alta

sociedad. No me gusta meterme esa gente... siempre traen problemas. Aunque, pensándolo bien, quizá sea por eso que no me han ascendido todavía.

Se echó a reír, y Carlton gruñó:

—¿Dónde está ese Considine ahora?

—Le dejé marchar porque se jugaba el puesto si faltaba a su trabajo. Toca en el Paradise Club. Eso lo he comprobado, por teléfono, antes de soltarlo.

—¿Vive aquí?

—Segunda planta, puerta cuatro. Si le interesa su mujer está arriba, hecha un revoltijo de nervios.

—¿Por qué?

—Oyó gritar a él en la calleja, y se asomó. Le vio correr como alma que lleva el diablo, y bajó para ver qué le había sucedido. También se llevó lo suyo, cuando tropezó con el regalo. Estaba histérica, cuando llegamos.

—¿Adónde fue él?

—¿Quién, Considine? Llegó a la esquina, y allí tropezó con un guardia. Es Fuller, del Precinto. Efectuaba su ronda, y él se hizo cargo de todo, cuando nos llamó.

—¿Está aquí ahora?

—Seguro, conteniendo a esos papanatas.

—Dígale que antes de que se vaya, quiero hablar con él.

—Bien...

—También le agradeceré que destine a un par de sus muchachos para que hagan un informe rutinario de ese Considine, sólo para el prontuario. Ellos conocen mejor a esta gente que nosotros, los de Homicidios.

—¿Eso es todo?

—Y gracias —sonrió Carlton por primera vez—. Espero que, en otra ocasión, pueda echarle una mano.

—Lo recordaré, teniente.

Kellman se fue, y Jeff encendió un cigarrillo y se quedó un rato allí, la mirada perdida entre los cubos de basura, los gatos y el mal olor.

¿Qué diablos estaba haciendo una mujer como aquélla en semejante estercolero? Y también sería interesante averiguar por qué llevaba aquel revólver en el bolso... un arma de delincuente, a

juzgar por el detalle de la numeración borrada.

El médico se colocó a su lado, frotándose las manos.

—¿Qué, nos la llevamos? —dijo.

—Cuando hayan acabado los peritos, es toda suya, doctor.

—Mía... ¿No es chocante? Mía, cuando ya no puede darme nada...

—Oiga, ¿no puede usted pensar en otra cosa, *doc*?

—Eso es un trauma, ¿sabe?

—¿Trauma? Eso es una mente obscena.

—Si viera a mi mujer, lo comprendería —dijo el médico amargamente—. Un sargento de marina, a su lado, es una sirena.

Y se fue.

Carlton dio media vuelta, y subió por la estrecha y pestilente escalera del edificio. En la segunda planta buscó la puerta señalada con un cuatro y llamó con los nudillos, puesto que no había timbre.

Le abrió una mujer que rondaría los treinta años. Tenía los ojos muy azules y enrojecidos porque había estado llorando.

Llevaba una bata descuidada, por la que casi asomaban los provocativos senos. Cuando vio al teniente, se la ajustó mejor y susurró:

—¿Policía?

—Teniente Carlton, de Homicidios. ¿Puedo pasar?

—Sí... sí, claro, aunque James no está aquí.

—Ya sé...

Ella cerró la puerta.

Jeff dijo:

—Tengo entendido que usted vio el cadáver luego.

—Sí...

—Y a su marido, corriendo por el callejón.

—Sí. Por eso bajé, porque le oí gritar.

—¿Vio algo más, a alguna otra persona por ejemplo cuando se asomó a la ventana trasera?

—No... sólo me fijé en que James corría como un loco, y me asusté.

—Claro. Pero no habría alguien más en el callejón, supongo...

Ella sacudió la cabeza.

—No... no vi a nadie.

Carlton encendió otro cigarrillo. Estaba fumando demasiado, se

dijo, disgustado.

También se dijo que aquella mujer tenía miedo.

Lo había en su mirada. En su actitud tensa.

Tal vez se debiera a que no estaba habituada a tener tratos con la policía. Aún hay gentes que se asustan con sólo enfrentarse a un polizonte.

—Antes de que su marido bajara... A propósito, ¿por qué salió por la puerta del callejón?

—Por la basura, naturalmente. La baja cada noche cuando sale para ir al trabajo.

—Bien, cuando él bajó, o poco antes, ¿no oyeron nada sospechoso en la escalera, o bajo las ventanas?

—No... estoy segura de que no.

—Bien, volveré a verla, si la necesito.

¿Por qué había miedo en sus ojos?

Era una mujer que conservaba un cuerpo firme y bien moldeado, aunque en ella había evidentes muestras de cierto abandono personal como, por ejemplo, su cabello descuidado.

Tenía un rostro bello, pero que había dejado atrás sus mejores años, y lo sabía.

Cuando ya llegaba a la puerta, Carlton se volvió en redondo. Ella caminaba tan cerca que casi tropezó con el teniente.

—Supongo que no había visto nunca a esa mujer, ¿no es cierto?

Ella se estremeció.

—¿A la muerta?

—¿A qué otra puedo referirme?

—No, nunca.

—Claro, claro. Juzgando por su aspecto, ella pertenecía a la parte alta de la ciudad. Gracias, señora.

Salió y oyó cerrarse la puerta a sus espaldas.

Abajo, estaban colocando el cadáver en la camilla. El médico se disponía a marcharse, y el teniente le espetó:

—¿Puede decirme el tiempo que hace que la mataron, o habré de esperar a que practique la autopsia?

—Mejor será esperar, aunque podemos suponer que no hace más de dos o tres horas.

—Pues sí que es una ayuda.

—¿Qué quiere, que consulte una bola de cristal?

Carlton masculló un juramento.

Dos o tres horas. Bueno, cuando el músico llamado Considine encontró el cadáver, ya debía llevar por lo menos una hora muerta...

Hasta que supieran quién era aquella mujer, no adelantarían un paso.

Jeff Carlton se preguntó dónde habría un bar, en las cercanías, porque necesitaba un trago, cuanto antes. La peste del callejón parecía haberse aposentado en su garganta, y casi le daba náuseas...

CAPÍTULO III

Paradise Club. No dejaba de ser una ironía el nombrecito, por cuanto de paraíso no tenía nada.

A menos que uno asociara la idea del paraíso con un basurero, instalado en un callejón estrecho, al final del cual, en la lejanía, brillaban las luces del muelle.

Jeff Carlton atravesó la entrada, arrugando la nariz.

Había una chica enseñando los muslos, y que le tendió un *ticket* para que lo cambiara por el sombrero. Carlton hizo un gesto negativo, y se internó en el antro.

No se diferenciaba de otros mil tugurios semejantes, excepto, quizá, por la orquesta.

Era mucho mejor de lo que cabía esperar. Su sonido tenía ritmo, vida y actualidad.

El teniente se encaramó en un taburete y pidió cerveza. Cuando el mozo le sirvió, preguntó:

—¿Cuál de los músicos se llama Considine?

—El trompeta.

Con el vaso en la mano, examinó al aludido.

Era un hombre delgado, apuesto. Parecía entregado por entero a la interpretación de la pieza, arrancando un amargo sollozo a su instrumento, un sollozo largo, apasionado como la queja de un amante.

El músico tenía un rostro de tez pálida, facciones correctas y simpáticas. Carlton decidió que muchas mujeres lo hallarían atractivo.

¿Tan atractivo como para ir a entrevistarse con él armadas de un revólver?

Esperó a que terminara su actuación. Después, apurando la cerveza, se acercó al estrado de la orquesta y dijo:

—Necesito hablar con usted, Considine.

Éste asintió. Su palidez pareció acentuarse.

Dejó su instrumento a un lado y se reunió con él.

—Policía, supongo.

—Teniente Carlton, de Homicidios. ¿Dónde podemos charlar un poco?

—Puedo invitarle a un trago —ofreció Considine, desviando la mirada—. A menos que sea cierto que los policías no beben, estando de servicio.

—Se hace de más y de menos. Vamos.

El teniente pidió otra cerveza, y Considine, un *whisky* doble.

Carlton dijo:

—Me han contado lo que sucedió en el portalón, así que no deseo que la repita usted, a menos que haya algo que yo ignore. Usted bajó para acudir a su trabajo, y llevó la basura al mismo tiempo como cada noche. ¿Es así?

—Sí...

—Bueno... tropezó con el cadáver, y salió dando gritos, asustado. ¿Sigue siendo cierto?

—Sí... Pero no eché a correr hasta que hube encendido una cerilla y lo vi... aquella cara horrible, con la lengua fuera...

—Está bien, usted la vio, y salió de estampida hasta que tropezó con un guardia, en la esquina.

—Ciertamente. Él me sujetó, volvimos atrás y le mostré aquello.

—¿Estaba su esposa en el portón en esos momentos?

—¿Lily? No... estaba en la calleja, llamándome.

—Claro...

Carlton apuró la mitad de la cerveza. Tenía el ceño fruncido, y pensaba furiosamente.

A su lado, el músico vació su *whisky* doble de un trago. Se atragantó, y estuvo tosiendo unos instantes.

Pero ni siquiera así acudió el más ligero asomo de color a su rostro pálido.

Carlton se volvió hacia él, y le espetó sin transición:

—¿Qué hizo usted de la basura, Considine?

—¿Qué...?

—Si bajó la basura, supongo que llevaba el cubo, o la bolsa, en la mano, cuando tropezó con el cuerpo.

—Sí... creo que sí...

—¿No está seguro?

—No... Todo fue tan... tan atroz, que no puedo recordar qué hice con la bolsa.

—¿Era una bolsa?

—Sí, naturalmente.

—No se encontró ninguna bolsa de basura cerca del cadáver. ¿Tal vez la depositó usted en uno de los cubos, en la calleja?

—No puedo recordar... aunque supongo que la dejaría en uno de ellos...

Carlton suspiró.

—Está mintiendo, Considine —dijo suavemente.

—¡Le juro que...!

—Usted tropezó con el cuerpo y cayó. Si llevaba la bolsa de la basura en la mano, debió soltarla al caer. Ahora bien, usted encendió una cerilla, vio el cadáver y se puso histérico, de modo que salió de estampida, pegando gritos. Bueno, la bolsa debió quedar junto al cuerpo, porque usted, en semejantes condiciones, no se acordaría ni remotamente de recogerla, salir y depositarla en un cubo.

—¡No puedo recordarlo! —estalló el músico—. ¡Le juro que no recuerdo qué hice...!

—Cálmese. No estoy acusándole de nada, excepto de mentir. Usted no llevaba la basura, cuando bajó al callejón.

—¡Le digo que la llevaba! Como todas las noches... ¿Por qué, si no fuera por la basura, saldría nadie por ese estercolero que es la calleja trasera?

—Justamente eso es lo que me gustaría saber. ¿Por qué salió usted por ella esta noche, Considine?

El músico boqueó, aturdido.

Carlton, implacable, le espetó:

—¿Y de qué tiene usted miedo, y por qué su mujer también tiene un miedo que le desborda por los ojos?

—¡No tiene usted derecho a acosarme de este modo! Yo no hice nada... no la maté.

—No digo que lo haya hecho.

—¡Y deje en paz a Lily!

Carlton sacudió la cabeza.

—Está usted llamando la atención con sus gritos, Considine.

El músico abatió la cabeza, mirando furtivamente en torno. Era cierto que algunas cabezas se habían vuelto a mirarlos.

—Lo siento —murmuró—. Perdí el control.

—Dígame, ¿por qué tiene miedo?

—Está equivocado, no tengo miedo de nada. Sólo que estoy desconcertado... impresionado por lo que vi.

—¿La misma explicación vale para el miedo que demuestra su mujer?

Considine se encogió de hombros.

—No creo que ella tenga miedo. Usted puede estar equivocado... todos podemos equivocarnos alguna vez.

—Seguro. Me he equivocado en infinidad de ocasiones, a lo largo de mi vida. ¿Tiene usted algo más que decirme, Considine?

Éste sacudió la cabeza de un lado a otro, y llamó al mozo. Pidió otro doble, con voz tensa.

Jeff suspiró y, tras un instante, dijo:

—¿Había usted visto antes a la mujer muerta?

—¿Yo?

—¿Si o no?

El músico atrapó el vaso que acababan de servirle, y lo vació de un trago.

Carlton esperó pacientemente.

—No... ¿Cómo podía haberla visto antes? Ella no pertenecía a estos basureros...

—¿Cómo lo sabe, Considine?

Éste casi se cayó del taburete.

Luego, reaccionó:

—Por sus ropas —dijo con un hilo de voz—. Por su aspecto...

—Ya...

—¿Puedo volver a mi trabajo? Están esperándome para reanudar la música.

—Sí, claro. Cuando le necesite, le llamaré.

El músico indicó al mozo que le apuntara las bebidas, y se fue apresuradamente.

Carlton bebió el resto de su cerveza, dejó unas monedas sobre el mostrador y dijo:

—No vaya a apuntarle al músico lo que yo he pagado, muchacho.

Y salió del local, donde ya resonaba la sonora música de la orquesta.

Caminó, pensativo, hasta donde había dejado el coche. Tras poner el motor en marcha, estuvo aún recostado contra el respaldo y fumando, sin salir del marasmo que parecía entorpecer su mente.

Al fin apartó el auto de la acera y condujo hacia su propia oficina.

Había un grupo de detectives en la sala común. En un banquillo, esperando, vio a una mujer, con el rostro tumefacto, manchado de sangre seca, con las ropas desgarradas y el cabello terriblemente desgredado. La mujer tenía una mirada vacía en los ojos oscuros. Miraba ante sí como si estuviera junto a un abismo, o cual si viera una visión del infierno.

Se detuvo a mirarla un instante. Luego, gruñó:

—¿Quién es, qué ha sucedido?

Uno de los detectives, Perkins, dijo en voz baja:

—Poca cosa... le ha sacudido a su marido con una plancha hasta desparramarle los sesos.

—¿Lo ha matado?

—¿Usted qué cree? Claro que se lo ha cargado. Él estaba propinándole una soberana paliza, como tenía por costumbre cuando bebía más de la cuenta, sólo que esta vez se cansó, y aquí está.

Carlton la miró con un asomo de piedad en sus agudos ojos grises.

—Que alguien le traiga algo de beber —gruñó como a regañadientes—. ¿Hay algo para mí? —preguntó.

—Nada, excepto algunos informes de rutina sobre su mesa.

—Está bien.

Entró en su pequeño despacho, y se recostó en el sillón basculante. Hojeó distraídamente los papeles que esperaban su atención, pero acabó apartándolos con una mueca.

Encendió un cigarrillo, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Sargento Kellman? —pidió. Y luego—: Habla Carlton.

—Hola, teniente. Me disponía a llamarle. Tengo aquí unos datos sobre los Considine.

—Le escucho.

—Se casaron hace cuatro años —dijo el sargento—. No parece

que las cosas les vayan muy bien, pero nadie, en todo el vecindario, tiene nada contra ellos. Son un matrimonio de tantos, anodino...

—¿De dónde proceden?

—Ella, de un pueblecito del medio Oeste. Era cantante en un club de Atlantic City, cuando conoció a Considine, según parece, aunque tardaron algunos años en casarse.

—¿Se sabe lo que gastan?

—Nada, por ese lado. El gana poco, y se atienen a eso. Desde luego, hemos tenido poco tiempo para escarbar en su pasado, y tengo a un par de hombres dedicados a ese trabajo.

—¿Nada que indique que pudieron haber conocido a la víctima antes de esta noche?

—Hasta ahora, no hemos encontrado nada, en esa dirección. A propósito, ¿se sabe ya quién era, teniente?

—Aún no.

—Bueno, eso es todo, por el momento.

—Gracias, Kellman. Buenas noches.

—¿No se ha dado cuenta de que está amaneciendo casi, teniente?

Colgó, encogiéndose de hombros.

Salió y fue a servirse un café caliente. La máquina, como de costumbre, funcionaba mal. Le sacudió un estacazo, y el café llenó el vaso parafinado.

La mujer del rostro tumefacto ya no estaba en la sala. Se oía el mosconeo de las conversaciones de los detectives que esperaban el relevo dentro de un par de horas.

Apenas había entrado en su despacho, alguien llamó con los nudillos, y el detective de primera, Mac Cool, asomó la cabeza.

—Entra.

Al cerrarse la puerta, Mac Cool sonrió. Eran amigos desde hacía muchos años y, a solas, jamás se comportaban como oficial y subordinado.

—Tengo algo bueno, Jeff —dijo el recién llegado.

—Suéltalo.

—Es sobre esa dama que encontraste esta noche... Vi las fotos, y era como para mirarla dos veces...

—¿Eso es lo que te ha preocupado de ella solamente?

—Me hubiera preocupado, de haberla conocido viva. ¡Qué

cuerpo, mi madre!

—Tienes la mente como el doctor... obscena. Y tú no tienes la disculpa que él ha esgrimido porque eres soltero. Bueno, al grano.

—Escucha... tal vez ahora fuera alguien, una dama importante, a juzgar por sus ropas, su aspecto y todo eso. Pero hace algunos años era algo distinto.

Carlton se enderezó.

—Veamos eso.

—Hace ocho años fue detenida por escándalo público y posesión de marihuana. Pasó unos meses en la cárcel. En aquel tiempo quedó demostrado que sus ingresos procedían de la prostitución, aunque no era una callejera. Poseía un apartamento y un teléfono, y los «clientes» tenían que llamarla previamente. Ya sabes cómo funciona este negocio de las telephon girls.

Carlton asintió, intrigado.

—Debió cambiar mucho. Apostaría que ahora ya no se dedicaba a ese trabajo. ¿Cuál era su nombre?

—Marta Ross. Aquí tienes unas copias de las fotos que se le hicieron, al ser detenida. Era asombrosamente bella, ¿no te parece?

Carlton miró las fotos. Realmente, era una mujer más que sugestiva. Su rostro bellísimo tenía esa particularidad que lo convierte en un encanto, en algo que induce a los hombres a cometer las mayores estupideces, que ni ellos mismos hubieran imaginado nunca.

—¿Algo más?

—¡Cuernos, no! ¿Qué quieres, en tan poco tiempo, al asesino atado de pies y manos?

—Eso sería una gran cosa...

Mac Cool rió y se fue.

Carlton siguió mirando aquellas fotos, desenterradas de los gigantescos archivos policiales, y dejó vagar su imaginación en torno a la hermosa mujer que había muerto en aquel lugar sucio y pestilente.

A través de la ventana entraban las primeras luces del día cuando el teléfono sonó. Lo descolgó de un manotazo.

—Teniente Carlton.

—Aquí Gebhart, teniente.

Gebhart era otro de sus detectives, ocupado en el caso.

—Te escucho.

—Acabo de salir del depósito...

No necesitaba aclarar más. La Morgue, el depósito de cadáveres, el reino de la muerte.

—¿Algo más?

—Las ropas de esa mujer, teniente. Fueron compradas en Inglaterra. Llevan etiquetas de Londres, de una *boutique* de la City.

—¿Algo más?

—El bolso fue comprado también en Londres, así como los zapatos. Todo ello vale una pequeña fortuna. No puede comprarlo cualquiera, digo yo.

—Gracias, Gebhart.

Colgó más pensativo que antes.

Desde el despacho, oyó el acostumbrado alboroto en la sala de detectives, cuando llegaron los del relevo de turno.

Descolgó el teléfono de comunicación interior, gruñendo:

—¡Quiero hablar con Balística!

Esperó unos instantes, hasta que una voz cansada masculló:

—Aquí Burbach. ¿Qué pasa?

—Le envié un revólver esta noche.

—Usted y siete más. No he tenido mucho tiempo para...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió, aburrido—. Sólo quiero saber si esa arma ha podido venir de Inglaterra.

—¡Cristo! ¿Cree que soy adivino? Pero lo dudo mucho. Es un trasto viejo, con el cañón de óxido. No ha sido disparado en años, y no creo que lo hayan traído de Inglaterra, en estas condiciones. Yo diría que echaron mano de ese armatoste porque no tenían otro a mano, ni posibilidad de obtenerlo rápidamente.

—Sí, claro. ¿Qué hay del número de serie?

—También hace muchos años que fue borrado. Un trabajo torpe por demás. Primero lo limaron. Luego debieron cansarse, y utilizaron ácido. Con tiempo, es posible que pueda averiguar cuál era el número.

—Eso nos ayudaría mucho, Burbach. Haga lo que pueda.

—Estoy haciendo más de lo que puedo.

Se oyó un chasquido, y Carlton depositó el auricular en el soporte.

Convino con el perito de Balística en que todos estaban haciendo

más de lo que podían.

El teniente tenía un día pésimo. Levántose, se dijo que se largaría a dormir, aunque sólo fueran un par de horas.

CAPÍTULO IV

Volvía a reinar la oscuridad de la noche cuando Carlton aparcó su coche en el estacionamiento del Hilton. Miró la impresionante entrada del hotel, y arrugó la nariz. Ése era uno de los lugares en que siempre se sentiría desplazado.

A su lado, en el auto, la muchacha murmuró:

—¿Vas a tardar mucho?

Él se volvió.

—No creo... Pero debiste dejarme solo. Sabes que mi trabajo no es muy divertido para una chica.

Ella suspiró.

—Si no aprovecho las ocasiones más insospechadas, creo que no te vería ni siquiera una vez al mes. Estamos llevando un noviazgo más bien sorprendente, ¿no te parece?

Él se inclinó sobre la muchacha, y la besó suavemente en los labios.

—Sabías que era policía, cuando nos conocimos. Mi horario no tiene nada de regular, cuando hay una investigación en marcha.

—Lo sé y no me quejo. Pero quiero estar a tu lado de vez en cuando, aunque sólo sea para cazar algún que otro distraído beso como éste.

Carlton sonrió.

—Sé entender una indirecta a la primera.

Rodeó a la muchacha con sus brazos y estrujó sus labios con los suyos y, durante un tiempo eterno, ambos olvidaron todo cuanto no fuera aquel amor apasionado, casi violento, que les había dominado desde el día en que se conocieron.

Después, ella logró liberarse del cepo y jadeó:

—Ya has cumplido, polizone. Vete ahora.

—Eso no ha sido un beso distraído...

—No eres amante de medias tintas, ¿eh? O todo o nada.

—Te quiero, linda.

—Muy bien, me quieres, y yo a ti. Pero no necesitas registrarme de ese modo... no llevo armas, ¿sabes?

El retiró las manos apresuradamente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Perdóname...

La muchacha rió.

—No es éste el mejor lugar para exploraciones anatómicas, tonto, eso es todo.

—Recordaré eso.

Volvió a besarla, abrió la portezuela y entró en el hotel.

Que la policía metiera las narices en un establecimiento de la categoría del Hilton, era algo que ponía enfermo al director. De empleado en empleado, Jeff acabó en el despacho del jefe del hotel. Empezaba a ponerse nervioso.

—¿Teniente Carlton?

—Sí. ¿Qué demonios pasa? Sólo quiero ver a uno de, los huéspedes.

—Éste... comprenda. Si se produce una detención, nosotros le agradeceríamos el máximo de discreción. Ya sabe, nuestro hotel es...

—Nadie ha dicho nada de detenciones. Ese tal Counselman está esperándome, eso es todo. Y ya que estoy aquí, ¿puede decirme qué clase de tipo es?

—Impecable.

—Además de eso...

—Inglés, enormemente rico. Suele visitar nuestro país con cierta regularidad, por asuntos de negocios, y siempre se aloja en este hotel. Todo un caballero, teniente.

—¿Le acompaña siempre su mujer?

—No... no recuerdo que haya venido nunca con ella hasta este viaje. Si le interesa, puedo averiguar por nuestro fichero de clientes.

—No tiene importancia. ¿Puedo subir a su cuarto de una vez, o tendré que volver con un mandato judicial?

—Por favor, no trato de entorpecer su labor en absoluto, teniente... Un botones le acompañará.

Pulsó nerviosamente un timbre, y casi al instante un hombre asomó la cabeza por la puerta.

—Envíe uno de los botones aquí —gruñó el director.

El botones que acudió era Jimmy Byrd. Su rostro pecoso no expresaba nada, cuando dijo:

—¿Deseaba usted algo, señor?

—Acompañe al teniente a la *suite* de los Counselman.

Jimmy abrió la boca, estupefacto.

¡Teniente!

Ya estaba armada. Polizontes. El revólver...

—Sí, señor —balbució.

Carlton le siguió hasta el elevador, y por él, a la décimo segunda planta.

—Aquí es... esa puerta —balbució.

—¿Qué te pasa, muchacho? No he venido a detenerte a ti, que yo sepa.

El botones trató de reír como si aquello fuera un buen chiste. Sólo consiguió una mueca desangelada, y se largó trotando.

Carlton llamó a la puerta.

El hombre que acudió a abrir era tan alto como él. Llevaba una bata de seda, gafas, y su rostro aristocrático estaba intensamente pálido.

—Teniente Carlton, de la policía... Usted deseaba verme...

—Pase.

Cerró la puerta.

Era un conjunto de habitaciones lujoso y confortable, que debía costar una fortuna diaria.

Carlton sacó el paquete de cigarrillos. Se quedó un instante indeciso, y luego encendió uno.

—¿Y bien? —Gruñó.

—Era mi esposa.

Thomas Counselman no parecía saber por dónde tirar. Estaba aturdido.

—Lo sé, he visto su declaración, cuando la identificó. Yo no estaba de servicio cuando lo supe; de lo contrario, hubiera venido antes. Cuénteme lo que sepa.

El hombre desvió la mirada. Se paseó de un lado a otro y, de pronto, se detuvo frente al enorme ventanal, a través del cual se distinguía una soberbia panorámica de la ciudad, incendiada de luces.

—He mandado a la *nurse* con mi hijo fuera de aquí... No deseo que el niño asista a todo esto...

Su voz se extinguió. Carlton esperó pacientemente.

El inglés se volvió poco a poco.

—Preferiría que hiciera usted las preguntas, teniente —dijo, recobrando el aplomo.

—Bueno, en cierto modo, es cosa de rutina, de momento. ¿Cuándo se casó usted con ella, cómo la conoció y dónde?

—La conocí aquí, en Nueva York, hace seis años. Nos casamos casi inmediatamente. Yo tenía que regresar a Inglaterra, de modo que no quisimos aplazar la boda hasta otro viaje más...

—¿Dónde la conoció?

—¿Importa eso?

—Tal vez.

—La conocí en una fiesta. Acababa de firmar un importante contrato, con un consorcio industrial. Organizaron una recepción para celebrarlo y alguien me la presentó allí.

—Ya veo. ¿Volvió ella a este país, después de su boda?

—No, nunca. Siempre vine solo.

—¿Sostuvo correspondencia con alguien, durante estos años?

—¿Mi esposa?

—Sí. Con alguien de los Estados Unidos, quiero decir.

—Creo que recibió un par de cartas, al principio. Cartas de amigas tuyas, supongo.

—¿No lo sabe con seguridad?

—No consideré correcto interferir su correspondencia.

Carlton hizo un gesto de disgusto.

—Vayamos a lo sucedido. Ella abandonó el hotel, y ya no volvió. Sabemos que se dirigió directamente al encuentro de la muerte, y, por lo que hemos podido averiguar, nadie la vio en ningún lugar que no fuera aquél en que fue asesinada. Ahora bien, su esposa no parecía la mujer capaz de tener nada que ver con aquel basurero. ¿Qué pudo buscar allí, aparte de encontrarse con su asesino?

Counselman se estremeció.

—No tengo la menor idea.

—¿De dónde sacó el revólver, era suyo, señor Counselman?

—¿Revólver? —jadeó—. ¿Qué revólver?

—Él que llevaba en el bolso. Un

«Smith & Wesson»,
calibre treinta y ocho, viejo y oxidado.

—Jamás tuve un revólver, teniente. Ni ella tampoco. Además, ésta es un arma americana...

—Y muy pesada. Impropia de una mujer.

—No me lo explico... quizá lo compró aquí, pero no puedo imaginar cuándo. Apenas salió del hotel, desde nuestra llegada.

—Y un revólver no se encuentra en cualquier tienda.

De pronto, Carlton dio un respingo. Tenía una experiencia enciclopédica, adquirida a lo largo de muchos años de trotar por esa condenada ciudad de brillantes luces, corrompida como el infierno, y donde cualquier cosa podía suceder, por sucia que fuera.

—Creo que ya lo tengo —rezongó—. Bien, sigamos... Ella compró el revólver para acudir a esa cita, lo cual indica que tenía miedo. No obstante, acudió. Debió recibir una llamada, una nota, un recado, algo... ¿Sabe algo de eso?

—No...

—¿No le llamaron por teléfono?

—Quizá sí, pero debió ser durante una de mis ausencias, en todo caso.

Carlton buscó un cenicero, y aplastó el cigarrillo. Hubo un largo silencio. Luego, cuando se volvió, preguntó secamente:

—¿Sabía usted algo del pasado de su esposa, cuando se casó con ella?

El inglés se sobresaltó visiblemente.

—Éste... no, por supuesto. No hice averiguaciones.

—¿Y después de su matrimonio, las hizo entonces?

El hombre titubeó.

—No —dijo—. ¿Por qué?

Carlton se sintió súbitamente furioso, sin saber por qué. Hizo un gesto brusco y gruñó:

—Eso es todo, por el momento. Le ruego que, cuando decida regresar a Inglaterra, tenga la amabilidad de advertirme.

—No quiero pensar que sospecha usted de mí, teniente. En caso contrario, me obligaría a acudir a mi Embajada en Washington.

—No se alborote —masculló Carlton, dirigiéndose a la puerta, con pasos rápidos. Una vez allí, se volvió, y añadió—: Nadie ha dicho que usted sea sospechoso... todavía.

Cerró la puerta, y descendió por uno de los rápidos elevadores. Abajo, cazó al botones que le acompañara antes, cuando el muchacho se deslizaba hacia una puerta de cristales.

—Un momento, amigo.

Jimmy se inmovilizó.

Carlton le llevó a un rincón. Le miró fijamente, espetándole:

—¿Cuánto te pagó la señora Counselman por un revólver?

—¿Qué, qué...?

—No cacarees. ¿Cuánto?

—No sé de qué me habla, señor. ¿Un revólver?

—Mira, puedo llevarte al Precinto, y hacer que sudas sangre en un interrogatorio de tercer grado. Pero no deseo perjudicarte porque el revólver no sirvió de nada. No se disparó siquiera. Tú debes decidir.

Jimmy Byrd tragó saliva, intentando que la bola que se había aposentado en su garganta se fuera abajo o arriba.

—Usted gana —decidió, con un hilo de voz.

—¿Le vendiste tú el revólver?

—Sí, señor.

—¿De dónde lo conseguiste?

—Lo compré en esa tienda de empeños que hay en la Tercera Avenida.

—¿Cuál?

—Tiene una fachada azul. El dueño se llama Aarón Dachs.

—Ajá. Bien, ¿te dijo la señora Counselman para qué quería ese pistolón?

—No... sólo me pidió un revólver, aunque ella lo quería pequeño y ligero. No pude encontrar más que el 38.

Jeff encendió un cigarrillo para ocultar una sonrisa.

—¿Sabes lo que te has ganado? —le espetó.

Jimmy engulló aire desesperadamente.

—Creo que sí, señor.

—Puedo encerrarte tanto tiempo que te saldrán canas antes de que vuelvas a ver las calles.

Jimmy estuvo a punto de caerse de espaldas.

—A menos que...

Dejó la frase sin terminar. Jimmy respiró hondo. Un hilo de esperanza disipó, en parte, el pánico que sentía.

—A menos que hagas algo para borrar tu delito.

—¡Haré lo que usted diga, todo lo que quiera!

Carlton asintió con un gesto.

—Muy bien, probaremos, aunque no te aseguro nada. Ocultar lo que hiciste es ilegal por mi parte.

—¡Nunca, antes, había hecho nada semejante! —mintió Jimmy, llevándose la mano al pecho—. ¡Palabra de honor!

Carlton tuvo que hacer un esfuerzo para disimular una mueca divertida.

—Veremos —gruñó, ceñudo—. Quiero saber todo lo que concierna a los Counselman. ¿Entiendes? Sus relaciones íntimas, si tenían algún problema, si discutían... Todo. Quiero conocer hasta el número de sus zapatos. ¿Lo comprendes?

—Seguro.

—¿Y bien?

—Lo haré.

—¿Cómo te llamas?

—Jimmy Byrd, señor.

—Está bien, Jimmy. Cuando sepas algo, llámame a la Brigada de Homicidios. Soy el teniente Carlton. Y espabila si quieres seguir fuera de la cárcel.

Le dejó derrotado. Casi podía oír cómo le castañeteaban los dientes...

Llegó al coche, y Mary Mills susurró:

—No tardaste mucho...

—Años.

La abrazó, y se fundieron en un delirante beso, que endulzó, en parte, las fatigas del trabajo.

Aún estaban apretadamente abrazados, cuando un guardia golpeó la carrocería con su porra y dijo:

—Hay otros lugares mejores para eso, jóvenes. Largo de aquí.

Jeff Carlton dio un respingo y puso el coche en marcha.

La muchacha murmuró:

—Un poco más y acabamos en la comisaría... ¿Qué clase de polizone eres tú, querido?

El coche saltó hacia adelante, y desapareció zumbando, ante la mirada irónica del guardia, que seguía balanceando su porra.

CAPÍTULO V

Karl Patten cerró el archivo, y miró en torno.

Todo estaba en orden, dentro del desordenado despacho. Era un desorden cuidadosamente «ordenado», según su particular opinión de lo que debía ser su particular clase de negocios.

Tras esto, abrió un cajón de la mesa, y extrajo una pistola automática. Era una pesada «Magnum», capaz de tumbar un elefante.

Patten tenía sus propias convicciones, y una de ellas era que si llegaba el instante de disparar, había que hacerlo con el cien por cien de garantía.

Metió la pistola en la funda que llevaba en la axila, y se ajustó la americana, salió y cerró la puerta con llave.

Anduvo sin prisas por la acera, torció en la Tercera Avenida y siguió hacia el sur.

Era un hombre alto, delgado, de rostro aquilino, en el que destacaban los hundidos ojos, siempre brillantes de codicia. No tenía amigos ni tampoco los necesitaba. Todo lo que necesitaba era clientes, y, afortunadamente, éstos no le faltaban.

Karl Patten era, en definitiva, uno de los muchos detectives privados de la gran ciudad.

Había tenido sus más y sus menos con la policía, pero siempre había sido lo bastante listo para conservar su licencia.

Cierto que Patten no se parecía ni remotamente a esos detectives privados que aparecen en la televisión. A decir verdad, esos entes intachables le producían risa. En una ciudad como Nueva York, se hubieran muerto de hambre en un año.

Para salir a flote, en esa selva de asfalto, era preciso algo más... algo que él poseía en grandes dosis.

De pronto, levantó la cabeza, orientándose. Siguió aún otra manzana de casas hasta doblar por la Calle 37. Siguió por ella, cada

vez con menos viandantes a su alrededor.

El olor del río asaltó su olfato, quince minutos después.

Ahora ya no había luces brillantes, ni tráfico y gentío. Sólo las luces amarillentas de las tabernas, los alargados edificios de los muelles y algún que otro susurro brotando de los oscuros portales, en los que las vencidas sirenas de la noche intentaban hacer negocio.

Sobre una taberna, parpadeaba, en luces de neón, la silueta de un delfín. Karl Patten se detuvo un instante, mirando a su alrededor.

Luego, dobló la esquina.

La sirena, ronca y sombría de un remolcador, atronó en el río.

De un buque de carga atracado, salía la música de una radio. Enormes estibas de bultos se alineaban aquí y allá, y, de vez en cuando, un enorme loco disipaba las tinieblas.

Patten redujo el paso. A su pesar, comenzó a ponerse nervioso. No ignoraba que lo que estaba haciendo era peligroso... extremadamente peligroso.

Pero el negocio es el negocio, y cien mil dólares son cien mil dólares, y él no iba a aceptar menos de esa cantidad. Había hecho rápidas averiguaciones...

Sabía que esa cantidad podía serle pagada fácilmente, así que no aceptaría un centavo menos.

Se detuvo, al fin, junto a una montaña de bultos.

Eran balas de algodón, recién descargadas ese mismo día con toda seguridad.

Sus dedos acariciaron la culata de la pistola, aunque confiaba en que el otro no fuera tan loco como para atacarle sin tratar de averiguar qué era realmente lo que podía comprar con su dinero.

De pronto, hubo como un roce a sus espaldas. Patten fue a volverse, y entonces las llamas del infierno parecieron arder en sus entrañas.

Soltó un quejido y su mano tiró de la culata de la «Magnum».

Un dolor de locura se extendió por todo su cuerpo.

Un cuchillo... le habían clavado un cuchillo...

Se volvió, trastabillando. Levantó la pistola, sin acordarse de correr el seguro. Era imposible razonar, sólo disparar...

El cuchillo centelleó en la oscuridad, y aquel fuego ardió en su

muñeca. Horrorizado, Patten vio cómo la mano casi se le desprendía del brazo.

Chilló, tratando de huir. Sintió un golpe en la espalda, y una voz ronca y salvaje, y el dolor que le mataba y las llamas que rugían como un anticipo del infierno...

—¡Loco...! —jadeó—. ¡Yo... yo...!

Cayó de bruces, arañando el suelo húmedo hasta romperse las uñas.

Sobre él se erguía la fatídica sombra de la muerte.

—¡Socorro...! —jadeó Patten, sin voz.

La sombra se inclinó sobre él. El cuchillo se apoyó en su nuca suavemente.

Una voz bronca jadeó:

—¡Perro!

Poco a poco, el cuchillo se hundió hasta tropezar con las vértebras cervicales.

Patten ni siquiera gritó. Estaba muerto, antes de que el asesino se hubiera levantado.

Después, la sombra se apartó de él. Lanzó el cuchillo al aire. Se oyó un sordo chapoteo, cuando el arma se hundió en las sucias aguas del río.

Tras esto, la sombría presencia de la muerte desapareció, alejándose a buen paso de aquel paraje sombrío.

El marino dio un traspié, y cayó de bruces, maldiciendo como un condenado.

Su compañero, balanceándose sobre sus inseguras piernas, soltó una carcajada.

—Te advertí —cacareó—. No es bueno mezclar la bebida...

—¡Idiota! —barbotó el caído, revolcándose en sus intentos por levantarse otra vez—. ¡Ayú... dame...!

Tiró de él hacia arriba, y ambos quedaron casi abrazados pegando bandazos de un lado a otro.

Así prosiguieron su camino, riendo y chillando, sosteniéndose uno al otro para no desplomarse los dos.

—¡Ginebra y *whisky*! —repitió el experto—. Nunca vi nada semejante...

—¡Cierra el pico! Sólo bebí ginebra.

—Y *whisky*, al final... La fulana te hizo engullir tanto como quiso. ¿Sabes una cosa, viejo? Eres un pardillo.

—¡Cuernos!

—A esas fulanas hay que tratarlas con mano dura... o te sacan las entrañas...

—Era... estupenda...

—¿La rubia?

—¿Era rubia? Ni siquiera me fijé en su pelo...

El otro se echó a reír.

De pronto, sus pies se enredaron con algo fofo y pesado, y ambos rodaron entre gruñidos, maldiciones y juramentos.

—¿Qué infiernos...?

—¡Mira dónde pones los pies, idiota! Me has arrastrado al suelo, y bueno está esto... lleno de porquería...

—Agua sucia... Apártate...

Se arrastraron hasta levantarse un poco más allá, apoyándose uno en el otro.

—Buenos nos hemos puesto... No vuelvo a beber nunca más contigo...

—Oye... ¿de veras era rubia?

—¿La fulana ésa? Seguro... y le sobraba carne por todos lados.

—A mí me gustan llenitas... ¡Eh! ¿Qué demonios es esto?

—¿Qué?

Habían llegado a un lugar mejor iluminado. Ambos estaban empapados de un líquido rojo. Sus manos chorreaban.

—¡Sangre! —jadeó el más sereno.

—¿Sangre?

—Cuando caímos... Vamos a ver.

Los vapores del alcohol parecieron disiparse en parte, y los dos marineros regresaron sobre sus pasos, dando bandazos.

Allí donde habían caído, encendieron sendas cerillas.

—¡Jesús!

Los dos dejaron caer las cerillas, y se alejaron como si les persiguieran todos los diablos del infierno. No pararon hasta encontrar una cabina telefónica...

CAPÍTULO VI

El detective de primera, Mac Cool, asomó la cabeza.

—¿Me llamaste?

—Seguro. Necesito una copia del *dossier* de Marta Ross. Llégate a los archivos judiciales y...

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, tú dijiste que esa dama había sido condenada hace años, por escándalo público y posesión de marihuana, ¿sí o no?

—Seguro.

—Entonces, tráeme el expediente.

—Habrá que ir a Atlantic City para eso.

Carlton sintió un escalofrío.

—¿Qué dijiste?

—Fue detenida en Atlantic City y juzgada allí. ¿No te lo dije?

—No... De modo que en Atlantic City.

—¿Qué tiene de raro? Es una ciudad de veraneo, llena de turistas. El gran negocio de esas fulanas.

—Ahórrate los comentarios, y cierra la puerta cuando salgas.

—Me gustaría saber qué he hecho...

Mac Cool salió rezongando.

Jeff se recostó en el sillón, y cerró los ojos.

Las cosas comenzaban a tomar forma.

Iría a Atlantic City. Tal vez la clave definitiva estuviera allí. Entonces sonó el teléfono, y lo descolgó de un zarpazo.

—¿Quién?

—¿Teniente Carlton?

—Soy yo.

—Habla Jimmy Byrd, señor.

—Hola.

—He averiguado algo... pero no sé si por teléfono puedo...

—¿Hablas desde el hotel?

—No, señor. Ya terminé mi turno. Estoy en una cabina.

—Entonces, suelta lo que sepas.

—Creo que es importante, señor... Los Counselman estaban a punto de divorciarse.

Carlton se puso rígido.

—¿Seguro?

—Completamente.

—¿Cómo lo averiguaste?

—A través de la *nurse* que cuida del niño. Voy a llevarla al cine una de estas noches. Me ha contado que, en los últimos tiempos, había violentas disputas entre el matrimonio.

—¿Algo más?

—¿Le parece poco?

—¿Tienes buenas relaciones con las telefonistas del hotel?

—Puede decirse que sí.

—Intenta saber si la señora Counselman recibió llamadas telefónicas, cuándo, y si fueron de hombre o mujer. Y tal vez la telefonista oyera algo de la conversación. Eso es algo que nunca dirían a un policía, pero quizá te lo confiesen a ti.

—Bueno, ¿y después de eso?

—¿Qué pasa después de eso?

—Esto... Quiero decir si usted olvidará lo del 38.

—Es muy posible... aunque, de momento, tengo una memoria de elefante.

Colgó.

Tenía el ceño fruncido, y una mirada sombría en sus ojos grises.

Recordó que debía llamar a Mary, cancelando su cita de esa noche. Estuvo tentado de mandarlo todo al diablo, y dedicarse sólo a la muchacha. Por primera vez, iba a cenar con ella en el apartamento de la chica y el horizonte se mostraba resplandeciente entre los dos.

Estaba dudando aún, cuando el teléfono interior dejó oír su ronco zumbido.

—Carlton al habla.

—Aquí Burbach. He tropezado con algo serio, teniente.

—¿Cómo de serio?

—El arma que mató al patrullero Morrison, hace tres años.

Carlton se enderezó.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda. He cotejado los proyectiles, y no cabe duda. Siempre que me traen un arma, reviso los casos sin resolver, y hago pruebas con las balas. Bueno, ésta es la que mató a Morrison.

—Ajá. Es usted un fenómeno, Burbach. ¿De qué arma se trata?

—De la que se encontró en el bolso de la mujer estrangulada. Ya sabe, ese revólver del 38 oxidado.

Apenas podía creerlo.

—¿No hay ninguna duda, Burbach?

—En absoluto. Ese revólver disparó la bala que mató a Morrison. Estoy dispuesto a jurarlo ante un tribunal.

—Bien, le creo. Gracias por llamarme, Burbach.

Colgó, excitado.

La muerte de un policía jamás remite en la memoria de los otros camaradas del muerto. Y el asesinato por la espalda del patrullero Morrison, había sido algo particularmente odioso.

Pulsó el intercomunicador y rugió:

—¡Mac Cool!

El detective llegó disparado.

—¿Qué ocurre?

—Hay una tienda de empeños en la Tercera Avenida. El dueño se llama Aarón Dachs.

—Y tiene una fachada azul. La conozco. He pasado muchas veces por allí.

—Tráeme a ese judío, aunque sea a rastras. No me importa si le rompes algún hueso, en caso de que se resista.

—¿Hablas en serio?

—Y si no se resiste, también. Tráelo.

—Muy bien, pero habrá que acusarle de algo para detenerlo.

—De asesinato. Eso le dará en qué pensar.

Mac Cool gruñó entre dientes y se fue.

Carlton descolgó el teléfono y llamó a Mary Mills. Dio infinitos rodeos, y al fin trató de cancelar su cita.

La muchacha dijo:

—¿Es que vas a estar ocupado toda la noche?

—No, pero ni siquiera tengo idea de cuándo terminaré.

—Estaré esperándote, Jeff.

—Es una tontería. Mejor acuéstate. Nos veremos mañana.

—Nos veremos esta noche, polizonte, o no nos veremos nunca más. He decidido que ya es hora de acabar esta situación de un modo o de otro, de manera que aquí estaré, con la cena preparada, un par de candelabros en la mesa, las luces apagadas y vestida para recibirte. Y eso de vestida es sólo un eufemismo. Esta vez no te escaparás.

El sintió que la garganta se le secaba.

—Mary... ¿De veras estarás...?

—¿Esperándote? Toda la noche.

—No... quiero decir... vestida así y... todo lo demás...

Se oyó una risa juvenil, como el repique de campanillas.

—Sabía que eso te interesaría. Hasta luego, mi amor.

—¡Mary, no cuelgues!

—Maldito si me interesa hablarte por teléfono. Sólo ven, Jeff.

Sonó un chasquido, y la comunicación se cortó. Cuando él dejó el auricular, su mano temblaba.

En realidad, y a pesar de su larga experiencia como policía, era sorprendente que en el terreno amoroso hubiera tenido tan poca. Carlton había dejado atrás los años de ilusiones juveniles. En parte, debido a la dureza de su trabajo, a su continuo enfrentamiento con la sordidez humana, se le había endurecido el corazón hasta que creyó que ya nunca más volvería a latir por la emoción de un amor.

Sus aventuras con mujeres fueron siempre fugaces, puramente externas, sin que el corazón interviniera jamás.

Quizá por eso, cuando conoció a Mary se encontró prácticamente desarmado, indefenso. No le valieron sus treinta y siete años, ni el hábito de la soledad en que vivía. Cayó, y eso fue todo.

Quizá pasaron treinta minutos sin que el teniente saliera de su mundo de quimera. Sólo existía la imagen de Mary y todo lo que ella significaba.

Entonces sonó de nuevo el teléfono.

—Aquí Carlton —dijo mecánicamente.

—Jimmy Byrd, señor.

—¿Tú, otra vez? Estás moviéndote mucho.

—Tiene que prometerme que se olvidará del asunto del revólver, teniente.

—De ti depende.

—¿Palabra de honor?

Enarcó las cejas.

—Palabra de honor —sonrió y añadió—: ¿Has averiguado lo de las llamadas?

—Sólo recibió una. De un hombre, pero la telefonista no escuchó la conversación. Bueno, pero hay algo más... si me promete olvidarse de mí.

—Prometido.

—¿Sabe usted quién es Karl Patten?

—No.

—Un detective privado.

Carlton dio un salto.

—¿Un fisgón de éstos?

—Sí. Le contrató el señor Counselman.

—Ahora has dicho algo, chico. ¿Para qué, lo sabes?

—No... la *nurse* no pudo escuchar la conversación que sostuvieron.

—¡Ajá! Acabas de ganarte el indulto, muchacho.

—¿Habla en serio?

—Seguro. Pero si averiguas algo más por casualidad, llámame.

—Gracias, teniente.

Colgó.

De modo que el millonario inglés había contratado a un detective.

Descolgó el teléfono interior y gruñó:

—Ficheros... —Luego, pidió—: Mándeme todo lo que tengan sobre un detective privado llamado Karl Patten. Soy el teniente Carlton.

—De acuerdo.

Esperó, intrigado. Todo estaba moviéndose muy aprisa. Y justamente esta noche, cuando Mary estaría esperándole vestida... ¿cómo dijo? No podía recordarlo.

La puerta se abrió violentamente, y un proyectil humano entró disparado. No se detuvo hasta que tropezó con la mesa.

Estupefacto, Carlton casi se levantó de un brinco.

—¿Qué infiernos...?

En la puerta quedó enmarcado el detective de primera Mac Cool, sacudiéndose las manos como si quisiera librarlas de polvo

contaminado.

—Ése es Aarón Dachs, teniente.

El prestamista se enderezó. Estaba asustado, pero sus ojos brillaban de ira.

—¡Se arrepentirán de esto! —chilló—. Tengo mis derechos. Siempre he pagado mis impuestos... ¡He pagado sus sueldos con mis impuestos!

Jeff rodeó la mesa, sin quitarle ojo de encima.

Era un individuo que repugnaba al primer golpe de vista. De aspecto innoble, su rostro sin afeitar brillaba de sudor, y sus ojos relampagueaban.

Se echó atrás, cuando el teniente se le acercó.

—Voy a hacerte pedazos, judío del demonio —le espetó rechinando los dientes.

—¡No he hecho nada, pago mis impuestos! —repitió.

—Claro que los pagas... aunque ya veremos tus cuentas, cuando llegue el momento.

—Llamaré a un abogado...

—¡Llamarás al infierno! Veamos —añadió, dominándose—. ¿Anotas todas tus operaciones escrupulosamente? Todas, ¿entiendes? Compras y ventas...

—¡Sí, sí!

—Revisaremos tus libros, o sea que no trates de mentir.

—¡Quiero un abogado!

—¿Las anotas o no?

—¡Sí!

—¿También la del revólver del 38 que le vendiste a un botones del Hilton?

El judío se encogió sobre sí mismo.

—No sé de qué me habla...

Carlton volteó la mano y le abofeteó violentamente. El prestamista voló hasta estrellarse contra la pared.

—Esto no es ninguna broma, perro —barbotó—. Quiero saber de dónde salió ese revólver, quién te lo vendió, o de dónde lo sacaste. ¿Está claro?

Mac Cool empezó a preocuparse. Nunca había visto a Carlton tan enfurecido.

Bien es verdad que jamás había trabajado en el asesinato de un

policía...

—¡No tiene derecho a golpearme... le demandaré...!

Jeff le atrapó por las solapas, casi levantándole en vilo.

—¡El revólver, maldito bastardo!

—No sé...

Sin soltarle, le abofeteó de nuevo con la izquierda. De pronto, los labios del prestamista reventaron y comenzó a escupir sangre.

Mac Cool dijo:

—Cuidado, Jeff. Estás llegando demasiado lejos.

—¡Cállate, o sal de aquí, si no tienes estómago suficiente!

—Escucha...

Carlton zarandeó al hombre como si fuera un pelele y, al fin, soltándolo, lo lanzó contra la pared. Sonó un trazo impresionante, y el judío se quedó acurrucado, temblando.

—¡El revólver, hijo de perra! —repitió—. ¿Quién te lo proporcionó?

—No lo sé... No sé qué está diciendo... Nunca he tenido un revólver.

Mac Cool gruñó:

—Sabe que es mejor recibir algunos guantazos que perder su negocio. No hablará.

—Soltará lo que sabe, aunque tenga que arrancarle las uñas. ¿Lo oíste, perro?

El judío le miró, aterrorizado.

Carlton rechinó los dientes. En su fuero interno guardaba un fondo de piedad por los delincuentes que pasaban por sus manos. Trataba en todo momento de mostrarse humano con ellos, darles una oportunidad. Pero éste era un caso distinto. El caso del asesinato de un policía.

Y alguien iba a pagar, ahora que tenía un punto de partida.

Atrapó al prestamista de un zarpazo, y lo levantó, apretándolo salvajemente contra la pared.

—Haz memoria, renacuajo. ¿Dónde conseguiste ese revólver del 38?

No hubo respuesta. Sacudió el brazo, y la cabeza calva del tipo golpeó la pared como un mazo.

—¿Dónde, de quién?

—¡Suélteme!

La cabeza golpeó una vez más.

—¿Dónde, Dachs?

El hombre empezó a sollozar. La sangre escurría de sus labios rotos.

Siguió golpeándole sin piedad contra el muro.

Alguien llamó a la puerta, y una voz alarmada inquirió:

—¡Teniente! ¿Qué sucede?

—¡Largo de aquí, no pasa nada!

El judío intentó desasirse. Todo lo que consiguió fue otro terrible zarandeo y que su cabeza intentara agrietar la pared.

—El revólver, Dachs, recuerda. ¿De dónde salió, quién te lo vendió?

—¡Nadie! No sé de qué me habla.

—No te lo vendió nadie, ¿eh?

—¡No, no...!

Le soltó tan bruscamente que el hombre rodó por el suelo, desde donde miró al gigantesco policía con ojos desorbitados.

—De modo que nadie te vendió ese revólver.

—¡Ya le he dicho que no! —insistió Dachs.

—Está bien, te creo —dijo, ante el estupor de Mac Cool—. Pero acabas de firmar tu sentencia de muerte. Ese revólver sirvió para asesinar a un policía por la espalda, hace tres años. De modo que, si nadie te vendió el revólver, tú eres el asesino del patrullero Morrison.

Dachs boqueó, aterrado. Un hilillo de baba le escurrió de la boca abierta, mezclándose con la sangre.

Boqueó, intentando hablar. Carlton añadió:

—Fíchalo y enciérralo, Mac Cool. Acusado de asesinato en primer grado. Y avisa al fiscal. El tipo está listo y empaquetado para el bote.

Al fin, Aarón Dachs dio un chillido y gritó:

—¡Nunca he matado a nadie, no pueden hacerme esto!

—Ya está hecho. No tienes ni media oportunidad. Es el caso más claro con que se habrá enfrentado el fiscal.

—¡Le juro que yo no maté a ese policía, lo juro!

—El revólver asesino era tuyo. Lo guardaste durante tres años porque eres tan avaro que no quisiste arrojarlo al río, pensando que algún día podrías sacar unos dólares de él. Ese revólver te

condenará.

Dachs, acurrucado en el suelo, manchándolo con su sangre, se retorció las manos desesperadamente.

—Se lo diré —jadeó—. Obtuve el revólver de un golfo llamado Wiler... Jonas Wiler.

—¿No será una historia para salvar tu sucio pellejo?

—¡Juro que es cierto! Wiler me lo trajo hace años...

—¿Quién es Wiler?

—Un mozalbete que pasa la vida en los billares... Lo encontrarán por el Bowery...

—Si has mentido, te arrancaré la piel a tiras. Llévalo abajo, incomunicado. Cuando pasen setenta y dos horas, empaquétalo para cualquier Precinto, y mantenlo en movimiento. No quiero que ningún picapleitos lo saque antes de tiempo.

—Muy bien.

—Y ya oíste. Llévate a un par de muchachos, y busca a ese Jonas Wiler, esté donde esté.

—Con mucho gusto, ya lo creo.

Mac Cool salió, empujando al judío.

Garitón suspiró. Se dio cuenta de que tenía sangre en las manos, y se fue al pequeño lavabo, donde se lavó furiosamente.

De pronto, se dio cuenta de que estaba terriblemente excitado y furioso. En muy pocas ocasiones se había sentido de este modo, incapaz de dominarse.

También estaba cansado. Y todo se precipitaba. Estaban acumulándose datos y pistas, y debía ir a Atlantic City...

Y Mary Mills estaba esperándole.

—¡Condenación! —barbotó, incapaz de contenerse.

Salió a grandes zancadas.

En la sala de detectives quedaban dos de éstos, uno junto a una mesa, interrogando a un pordiosero, que aseguraba haber visto cómo cuatro tipos, armados de navajas, se llevaban a un hombre hacia un callejón oscuro.

El otro atendía un teléfono.

En un rincón, crepitaba incesantemente el teletipo oficial.

Carlton se acercó al recipiente de agua, y llenó un vaso, que bebió de un trago. Volvía a llenarlo cuando su mirada cayó sobre la temblequeante cinta del teletipo.

El vaso de agua escapó de sus dedos, y él se inclinó, súbitamente tenso. De un tirón, arrancó un pedazo de cinta, y volvió a leer aquel nombre:

Karl Patten, encontrado asesinado a cuchilladas en el muelle.

Parecía que acabasen de propinarle un mazazo. El detective más cercano advirtió su extraña actitud y dijo, inquieto:

—¿Qué le sucede, teniente?

Éste sacudió la cabeza, volviéndose. Arrojó el pedazo de cinta sobre la mesa de su subordinado y gruñó:

—Ocúpate de esto. Quiero los detalles, y los quiero inmediatamente.

Regresó a su despacho, con la mente convertida en un torbellino.

Karl Patten, el detective contratado por Counselman, asesinado.

Otra faceta que complicaba el caso hasta lo inverosímil.

Quince minutos más tarde le entregaron el expediente del detective. No puede decirse que fuera un tipo con sentido de la ética profesional. Había bordeado el código infinidad de veces, aunque había sabido esquivar las consecuencias de sus actos.

Leyó todo el sucio prontuario, de arriba abajo. Cuando lo cerró, otra idea estaba dando vueltas en su cerebro, embarullando aún más todo el maldito caso.

Furioso, inquieto e impaciente, lo mandó todo al diablo y salió como si le persiguieran.

CAPÍTULO VII

Cuando apartó los labios de su boca, la muchacha susurró:

—Sabía que vendrías, Jeff... querido...

—Sabías más que yo. Mejor dicho, yo estaba casi seguro de que no podría venir.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Todo... El maldito trabajo, la tensión, los nervios... Pensé, de momento, que necesitaba tu compañía para volver a sentirme seguro de mí mismo.

—Fue una idea acertada.

Volvió a besarla, sintiendo en sus manos el palpar febril de aquel cuerpo cálido y firme, rebosante de amor y apenas velado por una extraña nube azul, que parecía flotar a su entorno como por arte de magia.

Al fin, la apartó para mirarla de arriba abajo.

En la penumbra del apartamento se le antojó una aparición casi fantasmal, pero de tan sugestivo encanto como uno de esos sueños de adolescente que, a veces, se leen en los libros.

Aunque él ya no tenía nada de adolescente.

Con la garganta seca, balbució:

—No debiste esperarme vestida así...

—¿Por qué? Todo lo que deseo es gustarte. Te amo, polizonte, y tú lo sabes.

—También yo estoy loco por ti, y eso hace que todo sea distinto cuando te miro.

—Ven...

Le tomó la mano, tirando de él hacia el interior del apartamento.

Éste era pequeño, coquetón, con multitud de delicados detalles femeninos, impregnado del turbador perfume que se desprendía de ella.

Jeff Carlton vio la pequeña mesa, dispuesta con los platos, los

cubiertos y la cristalería. Una mesa para dos.

Había dos candelabros de tres velas, entre la vajilla. Ella los señaló.

—Enciéndelos, mientras preparo unos martinis.

—El mío que sea seco.

—Quítate la chaqueta. Estarás más cómodo.

El obedeció instintivamente. Mary Mills se quedó mirando la curva culata del «Colt Cobra», que asomaba fuera de la funda sujeta al cinturón, sobre el lado izquierdo.

—No vas a necesitar ese cañón conmigo —susurró—. No pienso resistirme.

—¡Mary!

—No te escandalices antes de tiempo. Te dije que no escaparías esta vez...

Se fue a preparar las bebidas.

Jeff se libró del revólver, que metió en un bolsillo de la chaqueta, y, tras esto, fue a atisbar por la ventana.

El apartamento estaba en la vigesimosegunda planta de un impresionante edificio de Lexington Avenue. Desde aquella impresionante altura, se divisaba una increíble panorámica de la ciudad tendida a sus pies, llameando de luces, como si todas las estrellas del firmamento hubieran caído sobre Nueva York.

Pensó que en las entrañas de aquel monstruo luminoso se agazapaba el crimen, la corrupción, la más abyecta ruindad humana, y que él debía luchar por hacerla un poco más limpia, un poco más habitable...

Pero eso sería al día siguiente. Esta noche, toda la ciudad parpadeaba sólo para ellos dos. En realidad, nada en ella alentaba como no fuera Mary y sus besos, y esas horas de amor que ambos se disponían a vivir, por primera vez.

Regresó junto a la mesa, y encendió las velas. Después, apagó la luz del techo, y, en ese instante, la muchacha regresó trayendo las bebidas.

El tomó la suya y ambos brindaron en silencio, mirándose a los ojos.

Mary fue a sentarse en el diván, y palmeó a su lado.

—Ven aquí, teniente —susurró.

—Creo que tratas de seducirme.

—Tu sagacidad de polizonte es admirable. ¿Cómo lo adivinaste?
El apuró el martini hasta la última gota. Dejó la copa y se ladeó hacia ella.

—Creo que hay un par de cosas que debemos aclarar, linda.

—Bueno, adelante. Pero no prolongues mucho tu discurso, porque he puesto a calentar la cena.

—Ya discutimos una vez nuestra diferencia de edad... Tú eres casi una chiquilla a mi lado...

—¡Oh, eso! No eres tan viejo ni yo tan joven.

—Pero hay una diferencia.

—Como si no la hubiera. Te amo y eso es todo.

—Escucha, pequeña... Tal vez me ames. Estoy dispuesto a creerlo. Yo sí te quiero como jamás amé a ninguna otra mujer. Para mí, amarte es definitivo, un sentimiento absoluto, que llegó cuando ya no lo esperaba. Quiero decir que en mi vida tú eres todo...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Bueno... quizá tú sientas lo mismo...

—Nada de quizá.

—Déjame terminar. A tu edad, esto podría ser una simple aventura. Si se malograba, no tendría mayor importancia porque, en poco tiempo, saldrías a flote, y estarías en condiciones de encontrar otro amor. Pero en mi caso, no. Te repito que es definitivo... Sería... el canto del cisne para mí.

—Tonto... maldito tonto... ¿Crees que podría amar a otro, después de haberte conocido?

Dejó la copa, y le echó los brazos al cuello.

Jugueteó con sus labios hasta que a él le dio vueltas la cabeza.

Entre besos, susurró:

—Ya he elegido la vicaría... y el juez, y he pedido los papeles... Te tengo atrapado, teniente, atrapado definitivamente...

—Mary...

—Ámame, es lo único que te pido.

La abrazó con frenesí. Unidos en un beso delirante, los dos se deslizaron sobre el diván, amándose absolutamente.

En la pequeña cocina, la cena se convirtió en carbón y ninguno de ellos lo advirtió. ¿Qué importancia tenía una cena más o menos?

Había esperado toda la noche anterior y toda la mañana. Cada vez más impaciente, intentó comunicar por teléfono una y otra vez,

sin resultado.

Thomas Counselman consumió su enésimo cigarrillo y se levantó de un salto, impulsado por sus nervios.

En la habitación contigua oía las voces de su hijo y de la *nurse* que cuidaba del niño. Sin decirles una palabra abandonó la *suite* y descendió al vestíbulo.

Pidió un taxi y esperó, impaciente.

El portero le abrió la portezuela, se embolsó la propina y el coche salió disparado.

Dio la dirección cuando el auto ya estaba en marcha. En todo el trayecto no pudo sacudirse la inquietud.

Cuando lo dejó estaba ante un inmenso edificio, dedicado todo él a pequeñas oficinas.

Buscó la que le interesaba, que estaba en la decimoquinta planta.

Una placa de metal, en la puerta, decía:

«K. Patten. Investigaciones confidenciales».

Empujó la puerta y ésta se abrió, mostrándole una salita de espera desierta. La alfombra estaba desgastada y sobre una mesilla había varias revistas atrasadas.

Entró, cerrando la puerta. Probó la puerta marcada «Privado», pero ésta estaba cerrada con llave.

Desconcertado, se encontró sin saber qué hacer.

Entonces se abrió la puerta, y apareció el teniente Carlton.

—No parece éste el mejor lugar para encontrar a un aristócrata inglés, ¿no le parece?

—¿Qué hace usted aquí, me ha seguido?

—En realidad, no. Acababa de efectuar un registro aquí. Aunque estaba seguro de que usted acabaría por aparecer. ¿Qué pasa, Patten no le rindió el informe de costumbre?

—No creo que tenga ningún derecho a interrogarme. Soy súbdito británico.

—Por supuesto. Puede recurrir a su Embajada. Pero eso no le ayudará mucho. Seamos razonables, señor Counselman. No es mi intención molestarle más de lo necesario.

—¿Por qué ha registrado usted estas oficinas?

—Porque Karl Patten fue asesinado anoche —soltó el policía brutalmente, añadiendo—: Acuchillado, para ser exactos.

—¡Asesinado!

—Y de un modo brutal y salvaje, si quiere saberlo. El asesino debía estar furioso con él. Ahora, y en justa correspondencia, dígame qué vino a hacer usted.

El inglés titubeó.

—Yo... yo contraté a Patten, apenas llegamos a Nueva York.

—Ya lo sé. Siga.

—¿Lo sabía usted?

—Ajá. No somos tan eficientes como su brillante Scotland Yard, pero solemos movernos mucho —explicó Carlton, sardónico—. ¿Para qué contrató a un detective tan marrullero como Patten?

—No le conocía... Busqué en la guía telefónica... y llamé al que me pareció más eficiente, juzgando por su propaganda.

—No podía haber elegido peor. ¿Por qué le necesitaba usted, para que vigilara a su esposa?

—Éste... sí.

—¿Por qué?

—No comprendo...

—¿Por qué quería mantener vigilada a su esposa? ¿Pensaba que ella le era infiel? Si va a decirme eso piénselo dos veces. Acababan de llegar de Inglaterra, y ella hacía muchos años que estaba fuera de este país.

—No es eso exactamente...

—Entonces, ¿qué?

Counselman fue a sentarse en una de las viejas butacas. Sacó una pitillera de oro, con sus iniciales incrustadas en diamantes, eligió un cigarrillo y lo encendió, sin acordarse de ofrecer al policía.

De pronto dijo:

—Chantaje, de eso se trataba.

Carlton gruñó:

—¿Cómo lo supo?

—Verá... Cuando nos casamos, yo abrí una cuenta a nombre de mi esposa, aunque ella apenas si necesitaba ningún dinero en efectivo. Tengo cuenta en las mejores tiendas de Londres, y Marta podía utilizar ese crédito sin límite.

—Siga.

—Ella administraba los fondos domésticos. Sé que buena parte de ellos los ingresaba en su cuenta, así como las cantidades que

regularmente me pedía. Pero un día descubrí que había tergiversado uno de mis cheques... Fue un descubrimiento casual, que me dejó asombrado. Un cheque de mil libras a su nombre, lo convirtió en diez mil, que fueron ingresadas en su cuenta.

—¿Qué hizo usted?

—Tardé bastante en decidirme. Estaba atónito y furioso. Pero había el niño por medio. No quería causarle ningún perjuicio. Algunos días después, realicé una investigación en el Banco. La cuenta de mi esposa apenas si conservaba un saldo de ciento veinte libras.

—Ya veo...

—Comprobé sus salidas. Las había casi desde que llegamos a Londres, después de nuestra boda. Primero, con cantidades que oscilaban entre quinientas y mil libras... pero después, había sacado hasta cinco mil de una vez. Y eso duró años y años... Una completa sangría.

—¿Le habló del asunto?

—¡Naturalmente!

—¿Y...?

—No quiso confiar en mí. Reconoció que había estado pagando un chantaje, que era algo de lo que no quería hablar, y que era mejor para los dos olvidarlo todo. Un mes después de eso, emprendimos este viaje. Yo tenía que haber venido de todos modos y decidí traerla conmigo para ver de aclararlo todo, de una vez por todas.

—Usted pensaba divorciarse de ella, ¿no es cierto, señor Counselman?

Éste dio un respingo.

—Debe haber adivinado mis pensamientos —rezongó—. Pero es verdad. Había hablado de esto con mis abogados.

—¿Llegó a averiguar dónde enviaba ella los cheques?

—El Banco me dio las señas. Una dirección de aquí, de Nueva York.

—¿Qué dirección?

—Es inútil... se trata de una de esas pequeñas oficinas que reciben correspondencia mediante una contraseña. Estuve allí. El viejo encargado ni siquiera recuerda el aspecto de quien recogía los sobres.

—Pero sí sabrá usted el nombre del destinatario. El Banco no habría mandado cheques importantes a unas simples iniciales.

—Claro... el nombre era Sheridan Barton.

Carlton escrutó el rostro crispado del inglés.

—Divorciarse le hubiera costado una fortuna, ¿no es cierto, señor Counselman?

—Bueno, sí, claro.

—Además del correspondiente escándalo, y no era seguro que pudiera quedarse con la custodia de su hijo.

—¿Adónde quiere ir a parar? —exclamó el inglés, levantándose.

—Usted tenía excelentes motivos para haber matado a su mujer.

Una oleada de sangre inundó las pálidas mejillas del aristócrata. Después, volvió a palidecer y barbotó:

—Tendrá que dar cuenta de sus absurdas acusaciones a los abogados de mi Embajada, teniente.

Éste suspiró.

—Si llega el caso, su Embajada no me detendrá en el cumplimiento de mi deber. Puede marcharse, si lo desea. Por el momento, hemos terminado.

Tras una vacilación, Counselman abandonó la oficina, casi corriendo...

Carlton fumó un cigarrillo, pensativo. Después, él también abandonó el lugar, más intrigado que nunca. Había ocasiones en que detestaba su trabajo...

CAPÍTULO VIII

Lily Considine le franqueó la entrada, mirándole con temor.

La mujer parecía más abatida que nunca. Evidentes muestras de abandono en su atuendo y aspecto general, hablaban de la derrota de una mujer que ya había dejado de luchar contra el mundo y la vida.

—¿Qué desea ahora? —preguntó con amargura.

—¿No está su esposo?

—Se fue a trabajar, hace rato.

—Claro, debí suponerlo.

—Lo encontrará en el club, aunque mejor sería que lo dejara en paz. Él no puede tocar estando nervioso. Pueden despedirle, sino deja usted de acosarle.

—¿Acosarlo? Sólo le hablé una vez.

Ella retrocedió, apartándose del policía. Éste captó, de nuevo, el temor que dominaba a aquella mujer, que en un tiempo fuera extraordinariamente atractiva. Algo la había conducido hasta el actual abandono.

—Bien, vine sólo para formularle un par de preguntas, señora Considine.

—¿Qué clase de preguntas? Ya le dije la otra vez que no sabíamos nada de este asunto...

—¿Ha oído usted alguna vez el nombre de Sheridan Barton?

—Nunca. ¿Quién es?

—Aún no lo sé. Trate de recordar. ¿Está segura de que nunca lo oyó?

—No... jamás, hasta ahora.

—Está bien. Vayamos a la otra pregunta. ¿Recibía su marido correspondencia de Inglaterra alguna vez?

Notó cómo se sobresaltaba.

—No. ¿Quién iba a escribirle a él?

—¿Tampoco escribía él a Londres?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Y usted? —le espetó.

—¡Deje de acosarme de este modo! Nunca escribí a Londres, en mi vida.

—Tranquilícese.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, si no nos dejan en paz? Sé que algunos policías han estado haciendo preguntas sobre nosotros, en todo el barrio. La gente empieza a mirarnos con sospechas, cuando nos ven... y no estamos en situación de mudarnos de casa... No tenemos dinero.

—Tómelo con calma, son trámites imprescindibles. Quizá todo fuera más fácil, si usted o su marido se decidieran a decirme la verdad.

Ella dio un respingo.

—¡No tiene derecho...!

—¡Oh, cuernos! Trato de ayudarles, ¿no lo comprende? Si su marido no mató a la mujer, no tienen nada que temer.

—¡Él no la mató! ¿Por qué habría de haberlo hecho?

—Cualquiera sabe. Ella se llamaba, de soltera, Marta Ross. ¿Tampoco ese nombre le recuerda nada?

Lily se arrebujó en la bata, y negó con un gesto, pero no despegó los labios.

Carlton suspiró.

—Muy bien, lamento haberla molestado. ¿Aún sigue teniendo usted miedo?

Salió del piso, sin haber obtenido respuesta.

El Paradise Club estaba repleto cuando entró, dirigiéndose a la barra. Estuvo bebiendo cerveza un buen rato, mientras la orquesta interpretaba pieza tras pieza. Un compacto grupo de parejas se apretujaban en la diminuta pista de baile.

En un momento determinado, Considine le descubrió en medio de un solo de trompeta, y el instrumento emitió una nota aguda y falsa que sobresaltó al resto de los músicos.

Después, siguió interpretando. Había algo en su música que subyugaba. Una calidad densa, amarga y profunda, que le elevaba por encima de los indiferentes bailarines, aislándolo, quizá transportándole a esos mundos que otros hombres menos dotados

necesitan alcanzar valiéndose de los estupefactos.

Cuando los músicos se tomaron un descanso, Jeff se acercó al estrado. Comprendió que, esta vez, los demás compañeros de Considine ya sabían quién era él.

—Toca usted muy bien —dijo, deteniéndose al pie del estrado.

—Gracias, pero usted no ha venido para oírme tocar.

Sonrió.

—Es cierto. Raras veces tengo tiempo para saborear el placer de la música. Quiero hacerle una pregunta.

—Si sólo se trata de una, hágala aquí mismo.

—Sheridan Barton. ¿Qué le recuerda ese nombre?

Considine enarcó las cejas.

—Nada —balbuceó—. ¿Quién es?

—Eso trato de averiguar.

—Nunca oí ese nombre, palabra.

—Ojalá pudiera creerle, Considine.

—¿Eso es todo?

—Sí, a menos que haya mantenido usted correspondencia con Inglaterra, concretamente con Londres.

—No recuerdo haber escrito nunca a Londres, teniente.

Carlton vio que los otros músicos les observaban, intrigados. Podían oírles perfectamente.

—Muy bien, ya nos veremos. Ah, casi lo olvido. ¿Ha leído usted los periódicos? Traen el nombre de la mujer que usted encontró. Se llamaba Marta Ross, antes de casarse con un inglés rico.

Vio el chispazo de pánico en los ojos del músico.

—Marta Ross —musitó Considine—. Otro nombre que no me dice nada.

Jeff Carlton sonrió.

—Siga tocando, pero no desafine como antes, amigo...

Y se fue. Considine no pudo apartar la mirada de la recia figura del policía hasta que este hubo desaparecido.

Una vez en su coche, Jeff permaneció un rato pensativo. Después, regresó a su despacho, tratando de comprender la actitud de Considine y de su mujer.

Había algo en esos dos seres derrotados que le intrigaba profundamente. Intuía que habían tenido mala suerte en la vida, pero también era fácil adivinar que no había puesto mucho de su

parte para triunfar, para despegarse de esa mediocridad en que vivían... O quizá el destino se había cebado en ellos despiadadamente.

Mac Cool estaba esperándole, con un puñado de papeles.

—Es sobre Karl Patten. Me asombra que aún conservara su licencia —soltó el detective, por todo saludo.

—¿Tan sucio es su historial?

—Apesta por los cuatro costados. Era un sucio marrullero, capaz de arrancar un dólar allí donde creciera, sin importarle si para ello había de ensuciarse las manos. Las agencias no querían saber nada con él, y aceptaba todos los trabajos que los demás detectives privados rechazaban. Estaba especializado en aportar pruebas para divorcios y cosas así. No le importaba fabricar alguna de esas pruebas, si le pagaban bien... y no se inmutaba jamás cuando debía declarar ante un jurado, en cualquier causa por separación.

—Todo un ejemplar, ¿eh?

—Y tú que lo digas.

—¿Qué hay del judío?

—Incomunicado. No cesa de quejarse.

—Déjale que se desgañite. ¿Y del otro, de ese Jonas Wiler?

—Le andamos a la zaga. No tardará en caer, aunque es un pez muy escurridizo.

—Bien, si yo no estoy aquí cuando lo detengas, somételo al tercer grado sin contemplaciones. Ya sabes de qué se trata.

—Descuida, le haré sudar sangre. Pero ¿es que tú estarás fuera?

—Me voy a Atlantic City.

—Ya veo... Espero que te diviertas.

—Ojalá fuera un viaje de placer.

Mac Cool abandonó el despacho, y Carlton descolgó el teléfono y llamó a Mary Mills.

—Hola, ángel.

—¡Jeff! Todo el día sin llamar.

—Estuve ocupadísimo.

—¿Todavía me amas?

—Tanto, que voy a pedir una licencia para casarme, tan pronto termine el caso que tengo entre manos.

—¡Querido! ¿Hablas en serio?

—Ya puedes jurarlo. Voy a casarme, antes que te arrepientas.

Tendrán que concederme un permiso. Nunca he pedido nada extraordinario...

—¡Oh, Jeff, querido!

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, ángel?

—¿Puedes dudarlo, después de anoche?

Él se estremeció.

—No... aunque sí creo que estás un poco loca.

—Jeff... me siento tan bien en tus brazos, tan segura...

—Volveré a llamarte mañana. Ahora sólo deseaba oír tu voz.

Buenas noches, linda.

—Buenas noches, amor.

Colgó, sintiéndose un poco avergonzado por esas expansiones de adolescente. Si alguno de sus compañeros pudiera oírle, sería el hazmerreír de toda la Brigada. Se estremeció, sólo de pensarlo.

Media hora más tarde, emprendía el viaje hacia la ciudad costera, emporio de placer turístico y veraniego.

CAPÍTULO IX

El viejo salió de detrás de su cuchitril, y dio un vistazo a la calle desierta.

Tenía su negocio instalado en el zaguán de un edificio de mala muerte, sucio y con la fachada desconchada. Era público que iba a ser derribado a no tardar, y nadie se ocupaba de que tuviera un aspecto más o menos decente.

El negocio se componía de una garita, y dentro de ella, extendiéndose hacia el fondo, cubriendo todas las paredes, había un sinfín de diminutos casilleros, donde se colocaban las cartas.

Era un negocio un tanto raro, y que recibía clientes hasta altas horas de la noche. Algunos de ellos trabajaban en el teatro; otros, elegían esas horas nocturnas porque eran las más discretas, y se hubieran sentido muy avergonzados si alguien hubiese sabido que recibían correspondencia por ese medio, y sobre todo, bajo nombres absurdos que ocultaban el suyo propio.

Sin embargo, esa noche ya no iba a hacer negocio. El vejete tenía experiencia. Llevaba años metido en semejantes trotes, y casi podía olfatear cuándo caería dinero y cuándo no.

De modo que se dispuso a cerrar. Bajó el cierre metálico hasta la mitad, y luego fue en busca de su chaqueta. Apagó la luz, y se disponía a salir cuando alguien llegó, empujándole hacia atrás, sin una palabra.

—¡Eh! ¿Qué hace? Por poco me derriba, hombre...

Recobró el equilibrio. El intruso tuvo que agacharse para pasar por debajo del cierre a medio bajar.

—¡Demonios, usted! ¿Sabe que ha estado aquí la policía, tratando de saber quién recogía las cartas a su nombre?

—¿Qué les dijo usted?

—Nada. Ni siquiera le recordaba. Sólo ahora que le veo, le he reconocido. Oiga, yo no quiero líos, ¿sabe? Si tiene complicaciones

con los pies planos, haga que le manden la correspondencia a otro lugar.

—Ya no habrán más cartas a mi nombre.

—Eso me parece bien. ¡Eh! ¿Qué diablos...? ¡Suélteme...!

Su grito se ahogó con un estertor cuando los dedos fuertes del intruso se cerraron salvajemente en torno a su garganta.

El viejo se debatió unos instantes, los ojos inmensamente abiertos, boqueando tratando de respirar, de vivir, de introducir aire por su garganta aplastada...

Los dedos siguieron apretando, implacables, hundiéndole la tráquea, matándole en la oscuridad silenciosamente.

Cuando le soltaron, el débil cuerpo del anciano se derrumbó, quedando hecho un ovillo en el suelo. Uno de sus pies quedó casi en el umbral.

El asesino lo apartó de un empujón, salió y cerró la cortina metálica hasta el suelo...

Cuando se alejó, por la calle desierta, era apenas una sombra informe, oscura y siniestra como la propia muerte.

El cuerpo del anciano asesinado no fue descubierto hasta la mañana, cuando los comerciantes vecinos empezaron a extrañarse de ver la puerta cerrada, y dieron un vistazo. Pero, para entonces, el asesino volvía a estar agazapado en su inmenso cubil, que era la gran ciudad.

El fiscal era un típico político, al que empujaba una ambición sin límites.

De aspecto impecable, podía llegar a ser tan duro como el diamante, cualidad de la cual podrían dar fe innumerables delincuentes que se pudrían entre rejas.

Alto, de recios hombros y aspecto deportivo, tenía un rostro cuadrado y firme, ojos claros y cabello abundante y liso, que plateaba en las sienes. Eran legendarios sus arrebatos de cólera más o menos sincera en los tribunales, cuando desgranaba sus exposiciones de cargos contra cualquier desgraciado.

La misma cólera parecía chispear en su mirada esa mañana en que escuchaba a Jeff Carlton, en su oficina.

—Me asombra usted, teniente Carlton —rezongó, aprovechando una pequeña pausa—. Es inaudito que, a estas alturas, no haya efectuado usted ninguna detención.

—No veo que tengamos pruebas suficientes para practicar detenciones, señor.

—¿Qué no ve usted...? Con sólo lo que averiguó usted en Atlantic City, sería suficiente para detener a ese hombre... ¿Cómo dijo que se llama, Considine? Sí, Considine. No cabe duda que él sometió a chantaje a esa mujer, en Inglaterra. Cuando ella vino aquí, quiso terminar con la sangría, se proveyó de un revólver y fue a verle a su propia casa, donde él la mató, temeroso de que descubriera el pastel. Teniente, opino que ha cometido usted una negligencia, al dejar suelto a ese hombre hasta ahora.

—No lo creo yo así, señor.

Los ojos del fiscal chispearon.

—Ocuparé a mis propios oficiales en este asunto —dijo abruptamente—. Es algo que debía haber hecho al principio.

La cólera hizo que Jeff se pusiera rígido.

—Creo que el asunto aún pertenece a Homicidios, señor —dijo, dominándose apenas—. Y pertenecía a la Brigada de Homicidios, desde un principio.

—Puede retirarse, Carlton. Mandaré un oficio a sus superiores, dándoles cuenta de que usted queda relevado del caso. A partir de ahora, todo este asunto pasa a la fiscalía.

—Se equivoca...

—¡Tenga cuidado, teniente!

Carlton apenas podía contenerse. Pensó en su cargo, en Mary y en la boda inmediata. Sabía que estaba jugándose el puesto; no obstante, espetó:

—¡Cuidado un cuerno! Usted sólo desea un culpable, con el que lucirse ante el jurado y los reporteros. Yo quiero «al» culpable, y quiero saber por qué mató, cómo y cuándo.

—¡Teniente Carlton! —rugió el fiscal levantándose como impulsado por un resorte.

—Yo no necesito contentar a la galería, ni ser elegido en unas elecciones, ni... Está bien, lo siento, señor. Pero continuaré con este caso hasta el final.

Giró sobre los talones y abandonó el despacho del fiscal, con la ira burbujeando en su interior.

Desde hacía mucho tiempo, necesitaba soltarle eso al maldito picapleitos aposentado en la fiscalía. Ya estaba hecho. Tal vez le

costara un disgusto, pero ya encontraría cualquier otra cosa.

Al infierno con el fiscal, se dijo mientras llevaba el coche hacia su propio despacho.

Apenas llegó, Mac Cool se coló en el cuchitril, y cerró la puerta a sus espaldas.

—El caso se ha complicado otra vez, Jeff.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—Acabo de jugarme el puesto, eso es lo que pasa.

—¿Eh?

—No importa, olvídalo. ¿Qué complicación es ésa?

—Vi el nombre de Sheridan Barton en el *dossier*, y la dirección de uno de esos vertederos donde reciben correspondencia, mediante unos centavos...

—¿Y qué?

—Anoche estrangularon al propietario del negocio, un viejo embrollón, más cerrado que una ostra.

Carlton contuvo el aliento.

—¿Anoche?

—Ajá. Lo descubrieron esta mañana.

Se sentó poco a poco. Como si viniera de muy lejos, siguió oyendo la voz de Mac Cool, aunque apenas si entendió lo que le decía.

Cuando habló sólo dijo:

—Eso hará saltar al fiscal...

—El ejercicio le sentará bien al gran hombre —rió el detective, sardónico—. Le mantendrá en forma para satisfacción de sus electores.

—Hará algo más... ¡Maldita sea! Comunica con el Hilton, y pásame la llamada cuando tengas a Counselman al aparato.

—Muy bien.

Pero no fue tan fácil. El aristócrata inglés no estaba en el hotel, en esos momentos.

Atrapó su sombrero, y volvió a salir, andando a grandes zancadas.

No vio a Jimmy Byrd, cuando atravesó el impresionante vestíbulo del lujoso hotel. Tampoco encontró a nadie en el pasillo donde estaba la *suite* ocupada por el inglés. Llamó con los nudillos,

y una enfermera muy joven, de nariz respingona y ojos azules y vivos, le franqueó la entrada.

—Me llamo Carlton. Teniente de la Brigada de Homicidios.

—¿Qué desea? El señor Counselman no está aquí. Salió hace horas, y no sé cuándo regresará.

Carlton dio un vistazo al niño sentado a una mesa. Era un chiquillo delgado, de grandes ojos, cabello negro, y que le miraba lleno de expectación.

—¿Sabe...? —murmuró, señalándolo.

—Sí, pero será mejor que hablemos en la habitación contigua...

Una vez solos, Carlton dijo:

—Sé que su patrón se proponía divorciarse de su esposa, y que habían sostenido violentas disputas, así que no nos andemos por las ramas, señorita...

—Jacob. Me llamo Claire Jacob.

—Bien, señorita Jacob. ¿Hubo alguna de estas disputas cuando llegaron aquí?

—Pues...

—¿Sí o no?

—Pues sí. Fue el mismo día de la muerte de la señora.

—¿Por qué discutieron?

—No lo sé exactamente. Oía los gritos a través de la puerta cerrada, pero no podía entender las palabras. Estas puertas están acolchadas, y ahogan el sonido.

—¿Qué fue lo que pudo entender?

—Apenas nada... El señor quería que ella le dijera adonde pensaba ir, y por qué, y ella se negaba. Estuvieron mucho rato discutiendo, pero no sé cómo acabaron porque, poco después, la señora entró, y el señor Counselman se había marchado.

Carlton apenas escuchaba. Algo estaba agitando su mente, algo entrevisto fugazmente. No sabía qué era; sólo una impresión inasequible, de momento.

—Está bien, eso era lo que quería saber —musitó, distraídamente—. Me ha ayudado usted mucho.

Regresaron a la otra habitación, donde el niño seguía inclinado sobre sus libros y sus dibujos.

Y entonces lo supo, y el chispazo que iluminó su cerebro fue casi cegador.

Necesitó un enorme esfuerzo para dominarse. No obstante, se despidió de la muchacha y abandonó el hotel como si volara.

Otro de los enigmas acababa de disiparse.

Condujo entre el tráfico nocturno, sin prestar atención al chispear de las luces, ni a los brillantes escaparates, ni a la multitud que cruzaba por todas partes.

Lo sabía, y eso era lo único que importaba.

Ahora, «sabía» el motivo del chantaje, por qué los Considine tenían miedo, por qué luchaban desesperadamente para ocultarle la verdad...

Pero no sabía aún quién era el asesino.

O quizá sí...

Llegó al Paradise Club cuando aún la clientela era escasa. Oyó la orquesta desde el vestíbulo, donde la muchacha de los muslos opulentos hizo otro desalentado intento de apoderarse de su sombrero, a cambio de un numerito.

El apenas le prestó atención, a pesar de que ella enseñaba lo suficiente de su generoso anatomía como para mirarla con atención y detenimiento.

En la sala bailaban dos o tres parejas solamente. Se dirigió al estrado de los músicos y, de pronto, se sorprendió al ver que Considine no estaba entre ellos.

Esperó a que acabara la pieza, y entonces dijo:

—¿Dónde está el trompeta?

El pianista se levantó, descendiendo del estrado.

—No ha venido aún... Nunca se había retrasado ni un minuto, excepto la noche que encontró ese cadáver... El propietario del local está furioso.

—¿No ha avisado, no ha dicho nada?

—No, señor.

—¿Me recuerda usted? Estuve hablando con Considine, el otro día.

—Seguro. Es usted un teniente de policía, aunque no recuerdo su nombre.

—Carlton.

—Yo me llamo Haverty, Bud Haverty, teniente.

—Muy bien, hágale un poco de Considine, si le queda tiempo.

—No mucho, desde luego. ¿Qué quiere saber de él? Es un

excelente músico y un buen compañero. Y le diré más... si Considine tuviera otro carácter, podría estar tocando en las mejores orquestas del país. La trompeta, para él, no tiene secretos. Forma parte de su misma personalidad, si es que entiende lo que quiero decir.

—Creo que sí.

—Con la trompeta, se crece. Habla con ella, llora con ella, sufre con cada sonido, y es capaz de hacerla hablar, cuando está en vena. Y todo eso, sin necesidad de recurrir a... a los «estimulantes», como otros músicos. Usted ya me entiende.

—Perfectamente.

Burt Haverty era un hombre de unos treinta años, de estatura mediana y que, dentro de su gastado *smoking* parecía encogido, quizá porque para esa prenda de ocasión su cuerpo era demasiado corpulento. Se adivinaba que el traje de etiqueta no había sido confeccionado a su medida.

Carlton dijo, estrechándole la mano:

—Ha sido usted muy amable. Veré qué le ha sucedido a Considine.

Abandonó el local, y condujo hacia el domicilio del músico.

La entrada de la casa, la entrada delantera, por supuesto, no era tan oscura y siniestra como aquélla en que Marta Counselman había sido muerta, pocas noches antes. Subió las escaleras, acuciado por lo que sabía y lo que estaba intuyendo, más claro a cada momento.

Llamó, y le abrió la puerta Lily. Su rostro era una máscara crispada y pálida, y aún estaba húmedo del reciente llanto.

—¿Puedo entrar, señora?

—¡Usted!

Entró. Para ello casi tuvo que apartarla a un lado.

—¿Dónde está su marido? Quiero hablar con él.

—¡Como si no lo supiera!

—¿Qué?

—Sus esbirros se lo han llevado... ¡Le han detenido como si fuera un criminal... casi le han arrastrado fuera de aquí...!

Rompió en sollozos, y se derrumbó sobre una butaca.

La ira invadió al teniente; una ira fría, salvaje, que durante unos instantes le imposibilitó de hablar.

Luego murmuró:

—Lo siento... Yo no ordené que fuera detenido. Ni siquiera lo sabía. Eso fue cosa del fiscal, con toda seguridad.

—¿Qué van a hacerle ahora? ¿Aún no ha sufrido bastante?
Siguió sollozando amargamente.

Jeff encendió un cigarrillo, y esperó que ella cesara en su llanto. Entonces dijo suavemente:

—Si usted y su marido hubieran sido sinceros conmigo, desde el principio, tal vez las cosas no se hubieran estropeado tanto... Debieron hablarme de Atlantic City, del ciego amor de Considine por Marta Ross, cuando ésta vivía allí, y usted cantaba en un club nocturno...

Ella levantó la mirada. En aquellos ojos no había más que angustia y lágrimas.

—Lo sabe usted —musitó.

—Todo. ¿De veras pensaron que podrían ocultarlo?

Se encogió de hombros.

—Teníamos la esperanza de que no saliera a relucir.

—Cuénteme todo lo de aquel tiempo. Tal vez pueda ayudar a su esposo...

—¿Ayudarlo usted, un policía? Todo lo que ustedes quieren es un culpable, y ya lo tienen. No tenemos medios para luchar, para pagar un buen abogado, que demuestre que mi James no ha matado a nadie...

—No va a necesitar ningún abogado, si usted me ayuda.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Hablar, sólo eso.

Ella sorbió ruidosamente. Era la amarga imagen de la derrota, y para Carlton resultaba una visión patética y triste, quizá porque él conocía ya parte de aquel drama.

—Está bien —cedió la mujer—. Después de todo, ya cada importa...

—Quiero que sea sincera conmigo. No me oculte nada, porque cualquier detalle aparentemente insignificante puede salvar a su marido. Para que no tenga dudas, le diré que sé también lo del niño.

Ella casi se levantó de un salto.

—¡Cómo puede...!

Su voz se extinguió.

Jeff gruñó:

—Lo he visto esta noche. Si le hubiera visto antes, antes habría llegado al final. El chiquillo es el vivo retrato de Considine.

—¡Dios santo!

—Ahora, hable, y aprisa.

Ella recopiló sus recuerdos. Le hacía daño volver atrás, regresar a un tiempo ido, lleno de juventud, de música, de vida rebosante de ilusiones...

—Yo cantaba en un club nocturno, tal como usted ha dicho. James tocaba la trompeta en la orquesta del local. Atlantic City estaba siempre lleno de gente, y el negocio era bueno. Ganábamos dinero, entonces... Marta solía venir casi cada noche. Nos conocíamos desde que ambas estudiábamos en la misma academia de canto y baile, sólo que ella lo dejó pronto. Entonces... Bueno, era muy hermosa. Increíblemente atractiva.

—Lo sé. Tenía un apartamento de lujo, un teléfono, y los hombres la llamaban para concertar sus citas. Todo eso lo he averiguado.

—No es tan sórdido como usted imagina. Marta tenía algunos amigos... No aceptaba relaciones con nadie que no fuera de su agrado. Ella... tenía mucha clase. Yo, no —acabó con feroz amargura.

—Siga. Entiendo lo que quiere decir.

—James se enamoró perdidamente de Marta. Fue una locura la que le dominó. Él era un muchacho débil, apasionado, que vivía solo para su música. Pero Marta trastocó todo su mundo. Se metió dentro de él como una droga, y le venció.

—¿Y usted?

—¿Yo? Bueno... le quería. Estaba enamorada de él. Pero James no tenía ojos más que para Marta. Vivía para ella, se pasaba tocando para ella, arrancando a su trompeta los sollozos que atormentaban su alma.

—¿Qué hizo Marta, le aceptó?

—Se burlaba, por supuesto. ¿Quién era un pobre músico para ella? Sólo aceptaba su adoración porque eso la llenaba de orgullo. Incluso fingió que se interesaba por aquel amor... pero cuando él no estaba presente, se reía de James, el pobre músico que no podía ofrecerle pieles ni joyas, sólo música y un corazón...

Volvió a estallar en sollozos, y se cubrió la cara con las manos.

Carlton encendió otro cigarrillo y esperó. Pensó en Mary, entretanto, en su sensibilidad, en su amor, en lo que él mismo sentía por la muchacha, y de este modo pudo comprender mejor aquella amarga historia que estaba desfilando ante sus ojos.

Lily se dominó, al fin, y sin mirarle, dijo:

—Durante cierto tiempo, cada noche, él salía con ella al terminar su trabajo, a menos que Marta tuviese alguna cita. Entonces él era feliz y yo me mordía los puños de rabia, porque sabía que... algún día, ella le arrojaría a los perros. Y lo hizo del modo más cruel... Había conocido a un inglés rico. Aquella noche se libró de James como de un par de medias viejas.

—Continúe...

—Creí que él se pegaría un tiro. Fue tras ella noche tras noche, como un perro. Pero era débil, y ella, fuerte. Ni siquiera le escuchó, y cuando hablaba conmigo de James, no cesaba de burlarse de aquel asedio.

Se frotó furiosamente los ojos, y esta vez levantó la cabeza hasta que pudo mirar al policía frente a frente.

—Yo supe entonces que ya nada se interpondría entre mi amor por él y el futuro. Sólo era cuestión de tiempo el que él la olvidase, porque Marta desapareció, y ya nunca volvimos a verla. Un año más tarde... nos casamos.

—¿Cuándo supieron que había un hijo de Considine por medio?

—El... él no lo supo hasta muchos años después.

—No puedo creerlo.

—Es cierto, teniente.

—¿Y usted?

—Yo recibí una carta de Marta. Me decía que se había casado con el inglés, y que tenía todo cuanto podía soñar. Pero también me confesaba que se valió de su embarazo para «convencer» al aristócrata... Un embarazo que ya sabía ella, cuando conoció al inglés.

—Entiendo. ¿Fue por medio de esa carta que Considine lo averiguó?

—Sí. Aún no comprendo cómo la guardé, pero un día él la encontró por casualidad. Creí que se volvería loco. La estrujó mil veces en sus manos crispadas, para volver a alisarla de nuevo y

leerla otra vez. Estuvo toda una noche así...

—¿Y después?

—Nada. Juró que ya nunca más volvería a mencionar el nombre de Marta, y lo cumplió.

—¿Y del niño?

—Él sabía que nunca podría obtener el reconocimiento de su paternidad. Marta era rica, y su marido, poderoso. Además, estaban en Inglaterra. ¿Cómo podía luchar?

—Lo comprendo. Gracias por sincerarse conmigo, Lily. ¿Le importa que la llame de este modo?

—No, ¿para qué? No es mi verdadero nombre, pero a James le gustaba...

—También lo sé.

Se dirigió a la puerta, pero ella le alcanzó antes de que saliera, y sus dedos nerviosos se clavaron en el brazo del policía...

—¿Qué le harán, teniente, qué le sucederá a mi pobre James?

—Está en manos del fiscal, y pasará un mal rato, pero yo no creo que él sea el asesino. Quizá eso la consuele a usted.

Salió y cerró la puerta. Al otro lado de la madera, volvían a resonar los desgarrados sollozos de la mujer...

CAPÍTULO X

Nunca supo cuántas horas pasó sentado detrás de la mesa de su despacho, absorto, fumando sin cesar, la mente convertida en una precisa máquina de calcular.

Fueron muchas, la mayor parte de la noche.

Mary le llamó, y apenas si pudo prestarle atención.

Alguien denunció un crimen cometido por unos asaltantes en una licorería y, distraídamente, envió a dos de sus hombres.

Luego, alrededor de las cuatro de la madrugada, Mac Cool, un Mac Cool cansado y furioso, introdujo a un jovenzuelo, por el expeditivo procedimiento de propinarle un puntapié.

El «invitado» aterrizó al pie de la mesa.

Carlton levantó la cabeza y gruñó:

—¿Quién es, qué hizo?

—Éste es Jonas Wiler.

—¡Ajá!

Rodeó la mesa y se quedó mirando al aludido, que acababa de levantarse.

No tendría más allá de veintidós años. No se había lavado en mucho tiempo, y sus ropas eran un arco iris en el que era imposible adivinar cuáles habían sido sus colores originales.

Inesperadamente, ante la mirada insolente del detenido, Carlton volteó la mano y le abofeteó.

—Llévalo abajo. Aplástale si es preciso, pero quiero una confesión firmada de cómo mató a Morrison.

Mac Cool parpadeó.

—Creí que querías ocuparte tú personalmente de este asunto.

—No puedo... no quiero. Tengo otra cosa que hacer.

—Bueno.

—No me importa lo que hagas con él, sólo arráncale la verdad y que la firme. Podemos mantenerle fuera del alcance de cualquier

picapleitos durante un mes, si se nos antoja, tiempo suficiente para que se cure de cualquier herida.

Por primera vez, el detenido chilló:

—¡Eh, no pueden hacerme eso! ¿Creen que soy un pardillo? Conozco mis derechos.

—¿Algunos de esos derechos te autoriza a asesinar a un policía, bastardo? —le espetó Mac Cool, sacándole a empujones.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Jeff Carlton regresó a la mesa.

Ni siquiera pensó en lo intempestivo de la hora, cuando descolgó el teléfono y marcó un número.

Oyó sonar el teléfono, una y otra vez. Esperó. Renegaba de su trabajo, y le hubiera gustado mandarlo todo al infierno.

Eso solía ocurrirle, de vez en cuando. Luego, volvía a recobrarse y a ser uno de los mejores policías de la ciudad. Pero cada una de estas crisis dejaba su cicatriz en lo más profundo de su personalidad.

Una voz quebrada preguntó, de pronto, a través del auricular:

—¿Quién es...?

—¿Lily? Habla el teniente Carlton.

—¡Oh! ¿Cómo está James?

—No lo sé, aún no pude verle. Escúcheme y dígame la verdad. ¿Qué fue de la carta de que hablamos?

—James se la quedó.

—¿Dónde la tiene?

—La perdió. Hace mucho tiempo de eso... años.

—¿Está segura, no pudo engañarle él para que usted dejara de preocuparse?

—¡No, no! La perdió sin saber cómo. En cierto modo, para él fue una especie de liberación, como si la cadena que le sujetaba al pasado se hubiera roto.

—Eso era todo. Disculpe que la haya llamado a estas horas.

Colgó...

La carta era la clave.

Introdujeron al detenido en la sala, y Carlton se levantó.

Considine parecía un espectro, con los ojos hundidos, los pómulos terriblemente marcados, y una mirada de desesperación en sus pupilas.

—Hola, Considine.

—¿Aún no me han estrujado bastante, teniente?

—Yo no tuve nada que ver con su detención, fue cosa del fiscal.

—¿Importa eso? Usted es como ellos. Sólo quieren un triunfo, sin importarles a costa de quién.

—Reconozco que el fiscal tiene evidencias suficientes para creerle culpable. Sabe que usted estuvo locamente enamorado de Marta Ross, cuando ambos vivían en Atlantic City. Sabe que, durante mucho tiempo, años, usted no pudo olvidarla. Sabe que ella se casó con un aristócrata inglés, muy rico, y que, a partir de su boda, Marta Counselman estuvo pagando una fortuna a un chantajista de Nueva York.

—¡Que no fui yo!

—Tal vez no, pero el fiscal cree que sí. Usted estaba en magníficas condiciones para exprimir a esa mujer, con la amenaza de descubrirle su turbio pasado al marido. Le hablo desde el punto de vista del fiscal, porque él aún ignora la existencia de su hijo.

El músico se tambaleó. Jeff pensó que iba a caerse de espaldas, y dio un paso hacia él.

Considine se derrumbó sobre la silla. Las piernas no le sostenían.

—Usted... usted sabe...

—He visto al chiquillo, Considine.

Los apagados ojos de éste chispearon.

—¿Cómo es?

—Bueno... como todos los críos. Se parece a usted.

—¿No está burlándose, teniente?

—No, en absoluto.

—¿Y ha venido a decírmelo, precisamente ahora?

—He venido a saber qué hizo usted con la carta de Marta. La carta en la que le revelaba a Lily lo de su embarazo...

Estupefacto, Considine le miró, lleno de pánico.

—Usted lo sabe todo, ¿no es así?

—Excepto la identidad del asesino, sí.

—¿Va a decirle al fiscal que el hijo de Marta era mío, no de ese inglés con el que se casó, va a decirle lo de esa carta...?

—Habré de hacerlo, si usted es culpable. Pero, de momento, esos datos sólo están en mi cerebro. ¿Qué sucedió con la carta?

El músico sacudió la cabeza.

—No lo sé. La llevaba siempre en el bolsillo. Si alguna vez me cambiaba de traje, la trasladaba junto con todo lo demás que llevaba encima. Y un día ya no estaba allí. La perdí, aunque no sé cómo, cuándo ni dónde.

—Piense, Considine. Su suerte puede depender de que yo averigüe cómo perdió la carta...

—¡No lo sé! ¿Por qué no me cree nadie? ¡Dios, si están convencidos de que yo maté a Marta! Nunca podré hacerles comprender ese error...

—Ella fue asesinada en el portalón de su propia casa, Considine.

—¡Ojalá pudiera olvidarlo!

—Además, usted mintió al decir que había bajado para depositar la basura en los cubos. Usted no llevó ninguna bolsa de basura. ¿Por qué bajó usted por la escalera de servicio, aquella noche?

Los desorbitados ojos del músico le miraron, llenos de pánico.

—Tampoco me creerían, si se lo dijera —murmuró—. Se han propuesto condenarme, y no creen nada de cuánto digo...

—Pruebe a ver.

—¿Con usted, me creerá usted?

—Tal vez.

—¿Y después, qué? Irá corriendo al fiscal a soltarle todo lo que yo haya dicho...

—Yo no corro detrás de nadie. Considine. Quiero atrapar al culpable, y si es usted, ayudaré a condenarle. Pero si se trata de otro hombre... sea quien sea, lo llevaré ante el jurado.

—¿Aunque fuera ese inglés, cargado de millones?

—Aunque fuera él.

Considine meneó la cabeza, lleno de dudas.

—Si pudiera creerle...

—Le repito que pruebe a ver.

—Usted gana, teniente... Recibí una llamada telefónica. Un hombre me dijo que bajara a la salida trasera, que ella estaba esperándome allí. Eso fue todo.

—¿Lo dijo con estas mismas palabras?

—Poco más o menos. No puedo recordar exactamente con qué palabras lo dijo, pero fue eso.

—¿Dijo «ella», no Marta?

—No pronunció su nombre. Me intrigó, y bajé. Así fue cómo

descubrí el cadáver.

—¿Recuerda la voz del teléfono, su tono, su acento, sus inflexiones?

—No, en absoluto.

—Claro, es pedir demasiado...

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Pensaré sobre eso.

—Pero ¿me cree usted, teniente?

Esté le miró. Considine era una figura patética, hundido en la silla.

—Debió amarla usted mucho, Considine —dijo—. No supo ver más allá de sus narices, porque Lily era mucho más digna de su amor que esa mujer.

—Ahora lo sé... Pero ese pasado me ha aplastado siempre.

Carlton se acercó a la puerta de acero y llamó al vigilante.

Considine insistió:

—¿No quiere decirme si me cree, por lo menos?

—Personalmente, estoy dispuesto a creerle, pero eso, en su situación, no significa nada. Trate de tranquilizarse, Considine.

Salió y oyó cerrarse la pesada puerta metálica a sus espaldas.

Su despacho se le antojó frío e inhóspito. Amanecía. Sobre la ciudad, flotaban unas nubes oscuras, bajas y amenazadoras.

De pronto, llamó a Mac Cool y gruñó:

—¿Qué hay de Wiler, ha confesado?

—Es terco... Tiene experiencia y se cree duro. Pero cederá. Es el asesino de Morrison, desde luego.

—Deja que se ocupen de él los demás. Tú vas a hacer otra cosa...

—Bueno.

Le dio instrucciones, esperó a que se hubiera ido, y después, él también se fue. Todo lo que deseaba, en esos momentos, era acostarse y no pensar más en el condenado caso ni en nada.

Lo consiguió, a costa de no pocos esfuerzos.

CAPÍTULO XI

Estaba allí cuando el mozo abrió la puerta. Mostró su insignia, y se coló, junto con el empleado, al interior del club.

Las sillas, colocadas sobre las mesas, tenían un aspecto sombrío, triste.

El mozo encendió las luces de la barra. Luego, Carlton dijo:

—Vamos, no dispongo de toda la noche.

—Es por aquí.

Le siguió hasta un pequeño sótano. Había varias puertas allí, pero un empleado señaló una, y dijo:

—Aquí es. Las otras corresponden a los camerinos que utilizan las chicas, si alguna vez se contrata un espectáculo.

—Está bien, puede volver arriba.

El mozo titubeó, pero acabó por dejarle solo.

El abrió la puerta, y encendió la luz del techo.

Vio una estancia reducida, en el centro de la cual había una pequeña mesa. En un rincón, un lavabo poco limpio y un espejo.

En las paredes, alrededor de toda la habitación, había una veintena de colgadores, casi todos vacíos. Sólo en seis de ellos colgaban los grises uniformes de los músicos.

Carlton estuvo allí mucho tiempo, quieto, reflexionando.

Cuando salió, lo hizo calmamente, sin ninguna prisa.

Arriba, el mozo sacaba brillo a la cristalería, detrás del mostrador.

—¿Encontró lo que buscaba?

—No lo sé. Ni una palabra a nadie de mi visita, o te daré un disgusto. ¿Comprendido?

—Perfecto, teniente. ¿Le sirvo un trago?

—Ahora no, gracias.

Y se fue.

Al llegar a su despacho, preguntó:

—¿Regresó Mac Cool?

—Seguro, teniente. Está abajo, con ese Wiler del infierno.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Lleva veinticuatro horas, y no ha cedido aún.

—Cederá.

Jeff descendió la estrecha escalera. Empujó una puerta y se encontró sumido en una atmósfera repleta de humo de los cigarrillos, oscura y en la que sólo brillaba un potente foco dirigido a la cara del detenido.

Jonas Wiler tenía el rostro tumefacto, un ojo cerrado y en el otro, una mirada alucinada. Parecía una sombra de sí mismo.

—¿Nada aún? —Gruñó Carlton.

—Asegura que él nunca vendió ese revólver al viejo Dachs...

—¿Le habéis careado con él?

—Seguro. Y el prestamista le ha reconocido, sin ninguna duda. Jura que fue Wiler quien le entregó el revólver, hace tres años o poco menos.

—¡Miente! —chilló el detenido.

—Puedes decir lo que quieras, jovencito. Aquí tenemos todo el tiempo del mundo... Vamos, Mac.

Salió otra vez, y Mac Cool le siguió.

Una vez fuera, indagó:

—¿Sacaste algo en limpio?

—Sí y no.

—Veamos...

—Ninguno de los músicos tiene mucho dinero. Algunos han ahorrado algunos dólares, pero pocos. Son gente un tanto bohemia, la mayoría, solteros, y que les gusta divertirse.

—¿Algo más?

Mac Cool aspiró hondo, y sus ojos azules relucieron.

—Una cuenta corriente a nombre de Sheridan Barton, con un saldo de casi cien mil dólares.

—¿Sólo eso?

Carlton no pareció sorprenderse en absoluto. Mac Cool sufrió una desilusión.

—¿Te parece poco?

—Debía estar en alguna parte. Ese bastardo le sacó una fortuna a Marta Counselman, de modo que era lógico pensar que no la

había gastado aún para no llamar la atención. ¿Dónde está esa cuenta?

—En el Manhattan Bank.

—¿Recuerdan a Sheridan Barton, saben cómo es?

—No. Insistí sobre eso, pero, al parecer, todas sus operaciones fueron realizadas por correo. Es lógico, teniendo en cuenta que siempre ingresó cheques contra un Banco de Inglaterra, y nunca retiró fondos. Mandaba los cheques por correo, y eso era todo.

—Ya veo... un tipo muy listo.

—¿Considine?

—Puede... pero no lo creo. Me pregunto si el Banco estaría dispuesto a colaborar con nosotros...

—Podemos hablar con el director. ¿Qué es lo que estás pensando?

—No lo sé muy bien, pero me gustaría mucho dejar en ridículo a nuestro querido fiscal. Se acercan las elecciones, y eso le preocuparía mucho.

—Cuidado, Jeff. Tengo la corazonada de que estás jugándote el puesto.

—Esa misma idea se me ocurrió a mí antes.

Dio media vuelta, y se lanzó escaleras arriba.

Mac Cool, perplejo regresó a la oscura sala de interrogatorios, entró y cerró la puerta. El detenido comenzaba a ceder...

Los músicos estaban cambiándose de ropa. Soñolientos, cansados, era una de esas noches aburridas, en que nada había salido bien. Además, la orquesta, sin el trompeta, quedaba mutilada, y el público no dejaba de notarlo.

Casi habían terminado, cuando se abrió la puerta del vestuario y apareció Lily Considine.

La muchacha se detuvo, un tanto azorada.

—Yo... he venido a recoger las cosas de James —explicó, con un hilo de voz.

Todos la rodearon. Querían saber, y las preguntas llovieron como una granizada.

—Está detenido... Le acusan de la muerte de aquella mujer, y no sé cuántos crímenes más... —Su voz se extinguió.

Brown, el contrabajo, gruñó:

—Forzosamente, están chiflados. Considine es incapaz de matar

una mosca. Le conozco bien.

—Acabarán por soltarlo —opinó Skinner, un pelirrojo que tocaba la batería.

—Si le detuvieron sólo por sospechas —dijo el pianista—, no tendrán más remedio que soltarlo. ¿O hay algo que nosotros no sabemos, Lily?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no sé nada... nunca me dicen nada, sólo me hacen preguntas y más preguntas. Como esta noche...

—¿Qué ha pasado esta noche? —Gruñó el pelirrojo, iracundo.

—Estuvo en casa ese teniente... Carlton. Quería saber si teníamos cuenta en algún Banco... ¿Qué se cree, que James gana una fortuna? Insistió... registró todo lo de mi pobre James, buscando algo que llevara el nombre de Sheridan Barton. Y yo no comprendí nada, aunque él dijo que por la mañana...

—Ese polizante es un cerdo. No tienen derecho a acorralar a la gente, sin pruebas —opinó Skinner.

—Dijo que, en cuanto abrieran los Bancos, ordenará buscar esa cuenta corriente... una cuenta de James, pero con el nombre de Barton. Puedo jurar que él nunca... nunca hizo nada malo...

Su voz se ahogó. Apresuradamente, descolgó el uniforme gris, lo plegó de cualquier manera y, con un murmullo angustiado, se fue...

Skinner masculló:

—Ojalá tuviera dinero para pagar el mejor abogado de la ciudad. Les daría una lección a esos polizontes.

La indignación hizo que los comentarios subieran de tono. Si Jeff Carlton hubiera podido oírles, con toda seguridad que le hubieran ardido las orejas.

—Debo irme, pequeña —dijo Jeff, incorporándose en la oscuridad—. Vas a perder tu reputación, por mi causa.

—¡Al diablo mi reputación! Nadie tiene derecho a preocuparse de ella más que yo.

—Debes estar loca, de otro modo no comprendo nada.

—¿Porque te quiero?

—Justamente. Podría comprenderlo si te hubieses enamorado de un jovencito apuesto, inteligente y con un buen futuro por delante, pero...

—Tú eres ese futuro para mí. ¿Cuándo dejarás de atormentarte

por eso?

—No lo sé.

Ella le acarició el rostro, besándole suavemente.

—Olvidalo. Si lo que estás buscando es una excusa para librarte de mí, pierdes lastimosamente el tiempo. Nunca lo conseguirás.

—Ojalá eso sea cierto.

—Muy bien, fuera dudas. Pero esta noche estaba en una de esas horas bajas, y eso hizo que todo lo viera de color ceniza...

—Observo que, de unos días a esta parte, sólo vienes a mí cuando te encuentras desconcertado, amargado o triste. ¿Tan grave es lo que te preocupa?

—Hay un hombre detenido. El fiscal va a acusarle de tres asesinatos... y yo estoy íntimamente convencido de que es inocente. Ése es el problema.

—Entiendo.

—¿De veras me comprendes?

—Con toda claridad. Y si tú crees realmente en su inocencia, Jeff, lucha demuéstalo. Pelea por él...

Él se incorporó sobre un codo.

—¿Aunque arriesgue mi puesto?

—Aun así.

—Nena, vas a casarte conmigo y, si me propinan un puntapié, me gustaría saber de dónde saldrá el dinero para vivir...

—¿Qué importa eso? Tú puedes obtener cualquier empleo, y yo, también, pero ese hombre detenido no tendrá ninguna oportunidad, si no le queda nadie a su lado.

Él la besó, estrechándola entre sus brazos.

—Ha sido una trampa, nena.

—¿Qué?

—Lo que te dije. Quise saber cómo reaccionabas, ante esta situación... porque es justamente lo que voy a hacer. Enfrentarme al fiscal.

—¡Oh, maldito embrollón! ¿Es posible que hayas dudado de mí?

—Lo confieso.

Volvió a apresarla, impidiéndole seguir protestando. Lo hizo por el expeditivo procedimiento de taponarle la boca, y ya no hubo más protestas ni reproches.

Los dos se hundieron en la oscuridad.

CAPÍTULO XII

El hombre se aproximó a la ventanilla, y tendió el cheque.

El cajero examinó el papel amarillo, levantó vivamente la cabeza, y murmuró:

—¿Quiere ese dinero en metálico, señor?

—Sí. Lo llevaré en la cartera.

Mostró la cartera de mano.

—Bien. ¿Cómo lo quiere?

—En billetes grandes. Y no necesito que sean nuevos. De modo que no pierda el tiempo.

El cajero se retiró.

Era la primera operación que realizaba, y a fe que se llevaba la palma. Vaya manera de empezar el día.

Comenzó a contar fajos de billetes de cincuenta y de cien dólares.

Cuando terminó, hizo unas anotaciones, y pasó todo el montón de dinero por la ventanilla.

El cliente fue introduciéndolos en la cartera nerviosamente.

—Gracias —murmuró.

El cajero contempló melancólicamente la ficha de la cuenta corriente. Quedaba un saldo de menos de cien dólares. Le pareció que acababan de arrebatarle algo suyo... todo aquel dinero.

El cliente llegaba a la salida. Caminaba erguido, vestía correctamente, y era la imagen de un próspero hombre de negocios. De súbito, algo duro se incrustó en su costado, y una voz gruñó:

—Siga andando, y no haga ningún movimiento sospechoso. Hay cuatro policías más rodeándole.

Se puso rígido, pero Jeff le empujó a un lado, acorralándole contra la pared.

Mac Cool apareció como brotado de la tierra, y se apoderó de la abultada cartera de mano.

Otro agente de paisano se asomó a la puerta, vio que todo estaba en orden y, volviéndose, hizo una seña al conductor de un gran sedán negro que aguardaba. Era un coche sin distintivo alguno.

El teniente Carlton gruñó, rechinando los dientes:

—De modo que «Sheridan Barton»... Esta vez, la función terminó definitivamente para usted.

Todos ellos entraron en el coche. El cliente del Banco, aterrado, aún no había recobrado la voz.

Estaban todos en el reducido despacho del teniente. Mac Cool, que aún no había comprendido muy bien lo sucedido. Otro detective que fumaba, y cuyo rostro impasible no expresaba nada. El propio Carlton que, para sorpresa de sus hombres, estaba rebosante de ira, y el protagonista principal del episodio, el supuesto Sheridan Barton.

Carlton gruñó:

—Lo sabemos todo, amigo, así que cada minuto que nos haga perder, le caerá sobre la cabeza en el proceso. Usted se apoderó de una carta que Considine llevaba en el bolsillo, hace años. Así empezó todo. ¿No es cierto Haverty?

El pianista de la orquesta de Considine miró al teniente, con el miedo, el desconcierto, reflejado en aquellos ojos vencidos. Luego, paseó esa mirada por los otros policías, y al fin abatió la cabeza.

—Sí... ya no tiene objeto negar —susurró—. La carta se le cayó a Considine una noche, cuando se cambió de traje...

—Siga, quiero oírlo todo de sus propios labios, aunque, después, habrá de repetirlo ante un estenógrafo.

—Le juro que empezó como un juego. La carta era dinamita, usted sabe... Pensé que una mujer, en aquella situación, pagaría para que su marido no supiera la verdad... no supiera que ella le había presionado, mediante un embarazo del que él no era responsable.

—Usted escribió a Londres...

—Sí. Empecé con quinientas libras. Luego, ante la facilidad con que la mujer pagó, aumenté las exigencias, y el dinero empezó a llegarme con tanta abundancia, que me cegué. Ya no pude detenerme.

—¿Qué sucedió, cuando ella llegó a Nueva York?

El pianista se estremeció.

—Fue una catástrofe —musitó—. Yo le había dado siempre las señas de esa oficina de recepción de correspondencia, con mi nombre falso. Estaba esperando el último de los envíos de dinero que le había exigido... y, en lugar del cheque, encontré una nota en la que me decía que había llegado a la ciudad y que si su marido continuaba adelante con su demanda de divorcio, ya no le importaría nada descubrirlo todo, denunciando el chantaje... Ella podía hundirme... Habrían seguido la pista, partiendo de la oficina de recepción de cartas. De modo que no podía permitir que ella me denunciara...

—Y la mató, incluso sin estar seguro de si la demanda de divorcio iba a prosperar o no.

—No podía arriesgarme —gruñó Haverty, entre dientes—. La cité con un pretexto, pero lo hice en la casa de Considine. Así, cuando empezasen a investigar, descubrirían su pasado, y él... él cargaría con el crimen.

—¿No sabía usted que un detective la seguía, no descubrió a Patten aquella noche?

—No... yo la esperaba en la oscuridad. Yo no podía saber que el marido había contratado a un detective, tan pronto llegó aquí, con la esperanza de obtener evidencias para su demanda. Patten era un perro... un granuja peor que yo. Me vio, cuando escapé.

—¿Quería dinero para cerrar la boca?

—Quería la parte del león... Lo quería todo.

—Y lo mató.

Haverty se encogió de hombros.

—No podía hacer otra cosa. ¿No comprenden? Al extremo que había llegado, ya no podía volverme atrás.

—Estaba lanzado —rechinó Carlton, dominándose a duras penas. Y añadió—: Por eso el viejo de la oficina de recepción, debía morir también.

—Era el único que podía identificarme...

—¿No pensó, ni por un momento, en el infierno a que condenaba al infeliz de Considine?

Haverty no replicó. Cada vez que levantaba la mirada, tropezaba con la ira que burbujeaba en las pupilas del teniente.

Éste dijo con voz tensa:

—Fue usted inteligente al principio, Haverty, pero, como todos

los bastardos criminales, acabó portándose como un estúpido. ¿No se le ocurrió que la escena de Lily Considine, anoche, en el club, era una trampa? Yo la envié allí para que pronunciara el nombre de Sheridan, y dejara caer el cuento de que esta mañana, a primera hora, empezaríamos a buscar la cuenta corriente bancaria a ese nombre.

Haverty dio un respingo.

—¿Anoche no sabían ustedes que yo...?

—No lo sabíamos. Yo sospechaba que forzosamente había de tratarse de un compañero de Considine, que hubiera podido apoderarse de su carta, pero no tenía la más remota idea de cuál de ellos pudiera ser. Todo lo que hicimos fue mantener una discreta vigilancia sobre cada uno... y usted mordió el anzuelo. Me gustaría poder aplastarle, Haverty, porque es usted un sucio hijo de perra —volviéndose hacia Mac Cool gruñó—: Que firme una declaración completa, y luego que alguien informe al fiscal. Cuando yo vaya a verle, quiero que sepa que cometió una estupidez, y lo que puede costarle.

—Muy bien, Jeff.

Salió del despacho. Encendió un cigarrillo, una vez fuera, y notó que los dedos le temblaban. Sentía un gusto amargo en la boca. Todo había terminado y una vez más, la abyección humana le daba náuseas.

El detective Gebhart subió del sótano, jadeando, sudoroso, pero satisfecho.

—¡Ha confesado, teniente! —exclamó.

—¿Qué, quién?

—Wiler, por supuesto. ¿Quién iba a ser?

—Dios, casi lo había olvidado. Ocúpese de todo, Gebhart. Yo... tengo algo que hacer...

El detective enarcó las cejas, perplejo.

—No parece que se haya alegrado usted, teniente.

—Se equivoca. Es una de las mayores alegrías de mi vida haber cazado al bastardo que asesinó a un policía. Pero Wiler ha terminado, y ahora he de preocuparme de alguien que deberá volver a empezar.

Se fue, dejando al detective boquiabierto, plantado, en el pasillo como una estatua.

Lily cerró la puerta en silencio, mirándole con sus grandes ojos angustiados.

Por un instante, Carlton la miró. Una ligera sonrisa dulcificó el rictus duro de su boca.

—Ya está —dijo tan solo.

Ella empezó a temblar.

—¿Salió bien... lo tienen ustedes...?

—Gracias a su ayuda, señora. Era Haverty, el pianista.

—¡Dios mío!

Tuvo que sentarse porque las piernas no podían sostenerla. Estuvo mucho tiempo con la cara oculta entre las manos, sollozando.

Cuando levantó la mirada, sus ojos relucían.

—¿Cómo podremos pagarle lo que ha hecho, teniente? —susurró.

—No pueden. Cumplí con mi deber, ésa es todo.

—No, no... Confió en mi pobre James... a pesar de que lo habían detenido. Usted tuvo fe... Es un buen policía, teniente, y un buen hombre.

—Bueno, he querido que lo supiera. Esta misma tarde, su marido estará en casa. Tal vez deba usted ayudarle a superar este bache, ¿sabe?

—Haré todo lo que pueda.

Carlton se encontró, de pronto, sin saber qué decir, ni qué hacer de sus manos, que estaban dando vueltas al sombrero.

—Tengo que irme —masculló—. Buena suerte, señora.

—¿No... no le gustaría tomar un café conmigo?

—En otra ocasión. Ahora... Bueno, hoy es mi día, ¿sabe usted? El día de ocuparme de las mujeres. Primero usted; tenía prioridad. Pero ahora le toca a otra chica...

—No comprendo. ¿Cuál?

—La mía.

Sonrió, abrió la puerta y desapareció, en busca justamente de su chica. Casi se avergonzaba de que un policía rudo como él fuera también un sentimental.

Estaba a mitad de las escaleras cuando arriba se abrió una puerta. La voz, preñada de llanto, de Lily Considine aún dijo:

—¡Que Dios le bendiga, teniente...!

Casi echó a correr, aunque no supo si para huir de las bendiciones o para llegar antes a los brazos de Mary Mills.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

